

*El pasado 5 de agosto de 1987 falleció la ilustre profesora María Eugenia Romano. En homenaje a su figura y contribución a la psicología española este colegio ha convocado a distintas personalidades, que compartieron con ella momentos relevantes, a glosar su personalidad y aportaciones.*

*Entendemos que la obra y peculiar carácter de esta singular mujer merece ser bien conocido por los psicólogos españoles. A este fin se han reunido las plumas de José Luis Pinillos, Juan Rof Carballo, Manuel Fernández Galiano, Rocío Fernández-Ballesteros, Jesusa Pertejo, Helio Carpintero e Isabel Calonge. Acompaña a los textos un variado material gráfico —en muchos casos inédito— que recoge situaciones y efemérides de la Psicología en España. Al Homenaje acompaña un escrito de la propia doctora Romano sobre la interpretación del dibujo de la figura humana, sacado de su libro «El dibujo de la figura humana como Técnica Projectiva» (1975).*

*Desde el honor que para mí representa convocar este homenaje, en nombre de la Junta Rectora de la Delegación de Madrid, y en representación de los psicólogos colegiados, ¡Hasta siempre doctora Romano!*

*Alejandro Avila*



## MARIA EUGENIA ROMANO

*apuntes biográficos*

*Isabel Calonge*

Nace María Eugenia Romano el 2 de febrero de 1917 en Valladolid. Es hija única de una familia humilde; sus padres, con una escasísima asistencia a la Escuela de pueblo, se honraban de haber aprendido por sí mismos a leer y a escribir. Cuando tiene ocho años, la familia se traslada a Gerona; allí, en el Instituto de Enseñanza Media realiza el Bachiller Elemental. De esta etapa quedó siempre en su vida un profundo afecto a Cataluña y particularmente a Gerona. Nunca habló el catalán, que sin embargo entendía perfectamente. Para asombro de muchos catalanes solía rogarles que la hablaran en catalán, aunque ella sólo pudiera responder en castellano.

Un nuevo traslado familiar les lleva a Soria, en cuyo Instituto termina el Bachillerato, siempre con las mejores calificaciones.

Con quince años ingresa en la Universidad de Valladolid. Por imposición familiar debe estudiar Historia. Su deseo personal es otro: quiere estudiar Filosofía.

Vive sola, tiene sólo quince años, está ro-

deada de compañeros de bastante más edad, y en su mayoría varones. Contacta ahora con un mundo cultural amplio muy distinto del Instituto de Soria. Entre sus compañeros está Antonio Tovar, que ya ha terminado una licenciatura.

### *Por fin, filosofía*

Continúa sus estudios en la Universidad de Zaragoza; obtiene la licenciatura en junio de 1935, con un magnífico expediente. Tiene entonces dieciocho años: ha conseguido terminar una carrera a la edad en que se suele comenzar, aunque para ello haya hecho una pequeña «trampa»: acogiéndose a una normativa especial, cursó los dos últimos años en un solo curso escolar; así acababa un año antes y podía disponerse a estudiar Filosofía. Le ha sobrado tiempo para obtener, también en la Universidad de Zaragoza, el Título de Archivero, Bibliotecario y Arqueólogo.

El curso 1935-1936 se matricula por fin en la Universidad de Madrid. Trabas administrativas la llevan a cursar un año de Preparatorio antes de la Especialidad de Filosofía. El curso siguiente tampoco fue posible: había estallado la guerra. No puede reincorporarse hasta 1940, y finalmente en 1942 obtiene, cómo no, con sobresaliente, la licenciatura en Filosofía y Letras, sección de Filosofía, en la Universidad Complutense. Entre sus maestros ocupará siempre lugar de preferencia García Morente.

En este momento ya se han fraguado en ella dos ideas fijas: dedicarse a la Psicología y conseguir algún día una Cátedra de Universidad en esta Complutense que acaba de abandonar como alumna. La primera de estas aspiraciones empezará a convertirse en realidad sólo diez años después; la segunda tardará más: casi cuarenta.

El porvenir inmediato debía resolverse de otra forma y con cierta premura: los años siguientes estarán marcados por las oposiciones y los sucesivos destinos. En 1942, y

con el número 2 de su oposición obtiene la plaza de profesor adjunto de Filosofía del Instituto de Cabra, donde permanecerá dos años; y, tras una breve estancia en el Instituto de Gijón, consigue en 1945 la Cátedra de Instituto. Su primer destino es Jaén. Dos años después se traslada a Osuna, donde permanece hasta su excedencia en noviembre de 1952.

Este cúmulo de fechas y lugares geográficos puede parecer poco relevante en su biografía si no se complementa con datos más personales. Se ha casado en 1946, pero no ha renunciado a su Cátedra; no hay posibilidad de traslado y durante un curso ha de vivir ella en Jaén y su marido en Sevilla, donde está destinado como Catedrático de Instituto. Esta forma de matrimonio, que hoy es algo más frecuente, hay que situarla en el contexto de la España de 1946. Cuando consigue el traslado a Osuna la situación no varía sustancialmente: ha de desplazarse todas las semanas, en tren o autobús, de los de entonces, y pasar dos o tres noches en la correspondiente pensión. Esto trajo consigo, sin lugar a dudas, un conocimiento envidiable sobre el diagnóstico diferencial de chinchas, piojos, pulgas y otras especies.

## Medicina para hacer Psicología

Esta forma de vida, que no parece precisamente desocupada, sí que debió parecerse a ella cuando decidió matricularse en la Facultad de Medicina de la Universidad de Sevilla. El motivo era muy claro: no había abandonado la idea de especializarse en Psicología; pero ante la situación de la Psicología española de la época —y residiendo entre Sevilla y Osuna— no encontraba otra posibilidad mejor de profundizar en ella, que este acceso, por una vía oblicua y cuyas dificultades hubieron hecho desistir a muchos: estudiar Medicina para especializarse en Psicología Clínica.

A finales de 1952 se traslada ya de forma definitiva a Madrid. En la Universidad Complutense obtiene el título de Licenciado en Medicina y Cirugía en 1954. Pero ya antes de estas fechas se ha ido incorporando al campo de la Psicología Clínica. En 1953 se hace miembro de la Sociedad Española de Psicología, que tan sólo tiene un año de vida. Conoce entonces al doctor Germain y a su círculo de colaboradores, que entre el Consejo y Santa Bárbara intentaban sacar adelante una Psicología aún en pañales: Mariano Yela, José Luis Pinillos, Miguel Siguán, Francisco Secadas, Jesusa Pertejo, etc... En palabras escritas por ella muchos años después se refleja el ambiente creado en torno al doctor Germain, así como el tipo de investigación que por aquellos años estaba realizando:

**«En este ambiente de intensa labor científica, investigadora y de enseñanza, había**

**una nota característica: la amplia acogida del doctor Germain. No había el menor rasgo de círculo cerrado o de grupo restringido. Junto a sus propios colaboradores o amigos personales, éramos aceptadas también las personas que, sin ninguno de esos requisitos, se presentaban directamente, movidas sólo por su interés por la Psicología. Así, en los temas aplicados a Medicina Psicosomática; o en Psicodiagnóstico el trabajo de investigación que ya en aquella época me interesaba: la utilización del Rorschach como una prueba independiente de su interpretación proyectiva, como un estímulo para observar distintos tipos de conducta, partiendo de conductas simples como la que podría observarse en la aplicación con taquistoscopio. Tuve, por parte del doctor Germain todo tipo de facilidades: desde el ofrecimiento del material, los grupos del Instituto de Psicotecnia, el consejo bibliográfico, etc... hasta lo que es más estimable: el comentario y la participación entusiasta en el trabajo y sus incipientes resultados» (1).**

En esta década de los cincuenta se integra plenamente en una labor investigadora, clínica y docente. Consigue una beca del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y trabaja en el campo de la Medicina Psicosomática: «Aspectos psicosomáticos de la alopecia» y «Características de la Anorexia Mental». Marañón la requiere personalmente para que trabaje en su grupo, en el Servicio de Patología Médica del Hospital Provincial. Allí conoce a Rof Carballo, con el que seguirá colaborando hasta el final de su vida. López-Ibor le propone que se ocupe de la docencia de Psicología Médica en la Facultad de Medicina; accede así a la docencia universitaria en el curso 1954-55. Pasarán por ella veintiuna promociones de futuros médicos. Por la misma época toma la dirección del Departamento de Psicología Médica del Hospital Provincial, que se transformará posteriormente en el Hospital Clínico de San Carlos, en el que permanecerá hasta 1973.

También en esta década se crea la Escuela de Psicología, con sede en la antigua Universidad de la calle San Bernardo. Fue, durante muchos años, hasta que se creó la Sección de Psicología, en la Facultad de Filosofía y Letras, la única titulación específica en Psicología; a ella podía acceder licenciados de cualquier Facultad. María Eugenia Romano impartirá Psicodiagnóstico Clínico desde la fundación de la Escuela hasta su jubilación en 1985. Del mismo modo, también estará presente en la Facultad de Filosofía y Letras cuando se inicia la Sección de Psicología; su materia será Psicodiagnóstico ya desde la primera promoción que termina en el curso 1970-71.

(1) «Psicólogos, papeles del colegio», n.º 28/29, febrero de 1987, pág. 68.

Creo que puedo afirmar, sin temor a equivocarme, que probablemente ocupe el primer lugar en cuanto a número de alumnos: sumen veintiún años de docencia en Psicología Médica, quince años en Psicodiagnóstico, veintiocho años en la Escuela de Psicología. Aún podríamos añadir otros muchos alumnos: cuatro años de profesor de Psicología General en la Escuela de ATS de la Facultad de Medicina, otros cuatro años impartiendo Psicodiagnóstico de niños y adolescentes en el Instituto Internacional de Boston, etc.

## Asociada con el Rorschach

Le gustaba la docencia, disfrutaba en las clases, en el contacto con los alumnos. Nunca quiso ser autoritaria, pero si algo le interesaba realmente, lo conseguía sin imponerse, sin que nadie supiera cómo había sido.

En la Escuela de Psicología mantenía la tradición de que los alumnos eligieran, a principio de curso, los temas del Programa que les interesaba desarrollar con mayor profundidad. La elección era siempre Técnicas Proyectivas; alguno años se elegía TAT o Machover, pero casi siempre se prefería el Rorschach. Esto hizo que para muchos psicólogos el nombre de la doctora Romano esté para siempre asociado con el Rorschach.

Conocía a fondo las distintas Escuelas de Rorschach, y tenía su propio sistema integrador, que explicaba y nunca publicó; pensaba que su libro eran sus alumnos. Durante los años iniciales explicó el sistema de Bohm, después el de Klopfer, muy pronto el de Exner.

En bibliografía estaba absolutamente al día, pero nunca se jactaba de ello; recuerdo en más de una ocasión, haberla visto responder a alguien que le presentaba orgulloso una publicación recientísima, con el silencio, o con alguna observación banal, «parece interesante»; en realidad, la publicación llevaba ya tiempo encima de su mesa, comentada en los márgenes. Siempre hacía comentarios personales, conclusiones propias, a las que no daba más categoría que la de «otra posibilidad podría ser...» o «quizá también fuera posible que...».

Una de sus ideas fundamentales giraba en torno a la posibilidad de utilizar las Técnicas Proyectivas fuera de una interpretación de tipo psicodinámico, así como la necesidad de revisar el concepto de proyección, insistiendo en la variedad de tipos y niveles. Algunas consideraciones en torno a estos temas pueden encontrarse en el capítulo del libro «El dibujo de la figura humana como Técnica Proyectiva» (1975), que se reproduce, en este número de «Psicólogos».

Su labor clínica yo diría que fue intensa y

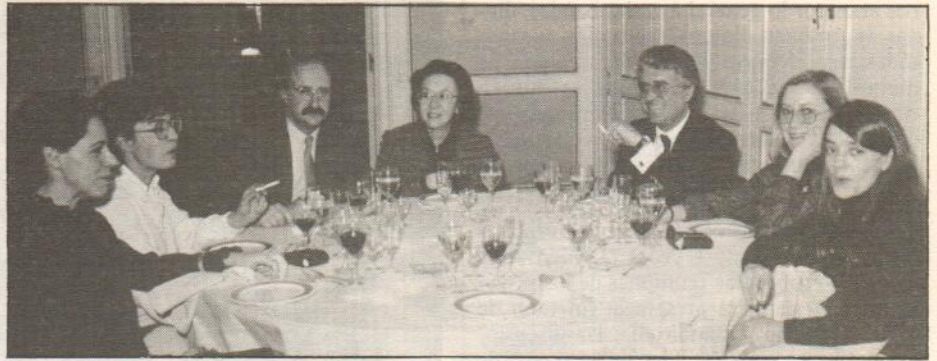
extensa, pero el desarrollo de la Psicología española durante los años sesenta y principios de los setenta, le llevó a realizar una amplia variedad de tareas. Trabajó en psicología escolar, en colaboración con varios Colegios, en publicidad, impartió cursos al Tribunal Tutelar de Menores, trabajó en Psicología del Deporte en el INEF y un largo etcétera. Fue siempre fiel a la Sociedad Española de Psicología, en sus épocas de gloria y en las de decadencia; no creo que faltara nunca a un Congreso, a una Reunión Anual o a una Junta General. En su momento participó en la Junta Directiva y llevó junto a Jesusa Pertejo la Sección de Psicología Clínica. Nunca le gustaron los cargos, pero nunca dio la espalda a una labor en la que pudiera colaborar: como mucho secretario, o vicepresidente, o vicedecano, y estos últimos el menor tiempo posible. Presidir algún acto, sólo cuando era inevitable; asistir, siempre que le fuera posible.

### Primera catedrático de Psicología

Siempre separó su vida personal de su vida profesional, hasta tal punto de no permitir que nadie de su familia asistiera nunca a una conferencia que ella pronunciara, ni a un ejercicio de oposición. Nunca la oí hablar mal de nadie, pero tampoco tuvo nunca grandes amistades, ni perteneció a ningún grupo. Tuvo siempre una enorme curiosidad por todo lo científico y también por cualquier novedad que iba surgiendo en el mundo que nos rodea: una nueva revista de decoración, los más complicados relojes digitales, recetas de la Nueva Cocina, diminutos modelos de aparatos de radio y televisión...

Sé que se me olvidan muchas cosas. En algún rato libre, por los años cincuenta, estudió Magisterio... y le apasionaba el encaje de bolillos y el Petit Point. También en algún momento fue Inspector Extraordinario de Enseñanza Media. Permaneció como PNN (profesor no numerario) veintidós años y cuando llegaron las oposiciones, llegaron a la vez: en 1975 obtiene la Adjuntía en Psicología Médica y, en el mismo año, la plaza de Profesor Agregado de Psicodiagnóstico de la Universidad Autónoma. En 1978 accede a la Cátedra y se convierte en la primera mujer Catedrático de Psicología; pero, como en los viejos tiempos, para conseguirlo ha de viajar, esta vez a Salamanca, donde permanecerá hasta 1982. Ahora con los sesenta bien cumplidos viaja sola, conduciendo su propio coche, y pernoctando dos o tres noches en un hotel.

En el curso 1982-83 ya es Catedrático de la Universidad Complutense. Sólo permanecerá en ella dos cursos más: el 1 de octubre de 1985 le llega la jubilación. Dos meses después es intervenida quirúrgicamente, el diagnóstico es fatal, sobrevive veinte meses.



En el homenaje a José Luis Pinillos (diciembre 1985), con Amparo Belloch, Rosario Martínez Arias, José Sánchez Cánovas y Lilianne Manning entre otros.

## Mi amiga María Eugenia

José Luis Pinillos

María Eugenia Romano fue una buena amiga a la que veía con relativa frecuencia con motivos profesionales —oposiciones, tesis, juntas, homenajes, congresos y otras peripecias por el estilo— y menos de lo que hubiera querido en reuniones sociales. Recuerdo haber estado con ella y con Xavier Zubiri en el jardín de Juan Roí, una espléndida tarde de verano. Fue una reunión inolvidable donde Xavier nos contó su encuentro con Wundt, ya muy viejo, y nos comentó la profunda impresión que le causó el hecho de que el mítico maestro de Leipzig viviera en un piso corriente, enfrente de un señor que era zapatero y no calzaba precisamente coturnos. Ambos, ella y Zubiri, estuvieron encantadores aquella tarde, y aún me parece estar oyendo reír a Roí, que de cuando en cuando se acercaba a la mesa —era su cumpleaños y tenía que atender a muchos invitados— a escuchar la conversación que se traían entre los dos. Fue una tarde inolvidable, de las que se recuerdan toda la vida.

Pero no sé muy bien lo que quiere decir «toda la vida»; es una expresión que se asemeja a *toujours*, todos los días, siempre: una expresión que los enamorados de todos los tiempos repiten una y otra vez con ilusión, sin saber muy bien lo que se dicen, o tal vez sí. En todo caso, en mi memoria se grabó esa imagen de María Eugenia, con un jardín al fondo, mientras ponía en la tarde derroches de ingenio, buen decir y alegre amistad.

Algo distinta, aunque no demasiado, era la imagen de María Eugenia como compa-

ñera de Universidad. Era, por supuesto, una excelente profesional y una inmejorable compañera de trabajo. En las reuniones no hablaba mucho; no obstante —en parte por eso, pero no sólo— sus palabras se escuchaban siempre con respeto y, también hay que decirlo, con un punto de curiosidad, pues realmente era muy difícil imaginar lo que María Eugenia iba a decir. Tenía muchos registros, y todos ellos bien afinados. Con las intervenciones de María Eugenia ocurría lo que acontece a los personajes de las buenas novelas: que lo que van a decir es siempre una incógnita, despierta el interés, pero después de oído resulta lógico y muy coherente con sus respectivos modos de ser, con su carácter. Así era la María Eugenia profesora: original, aguda y siempre discreta, incapaz de hacer daño a sabiendas, aunque sabía ser justa cuando llegaba el caso.

### Compañera de Universidad

Nunca observé en ella una reacción de rencor, ni de animosidad contra nadie; lo cual no quiere decir que fuese una persona de las que se llaman bondadosas. Era una persona buena, eso sí, en el sentido mejor de la palabra, sin que su bondad diera lugar a esas connotaciones de simpleza o escasa agudeza a que la lengua española es tan propensa en estos casos. De hecho, la profesora Romano —que raro se me hace llamarla así— era por demás inteligente; la más de las veces ya estaba de vuelta cuando el resto aún no habíamos llegado. Sus observacio-

nes eran por lo general a varias bandas, dignas de un buen diplomático inglés, y salpicadas casi siempre de un ligero toque de humor, lo cual las hacía aceptables, aún en el caso de que fueran duras. Porque he de decir que a nuestra amiga no le temblaba la voz ni el pulso cuando la justicia le obligaba a tomar decisiones desagradables.

En fin, creo que María Eugenia —la madre de Isabel, como a veces también se la llamaba— daba a las reuniones de los psicólogos, con su mera presencia, un tono de grata serenidad. Estando ella, las discusiones no iban a mayores. Llenaba la escena de buena voluntad y sentido común, sin proponérselo, sin forzar la voz: no sé muy bien cómo, pero lo hacía. Y hacía también muchas otras cosas. Su triple condición de médico, de catedrático de filosofía y de psicóloga clínica, daba a sus intervenciones una autoridad, una cobertura de firmeza que era muy de agradecer. Tenía una gran cultura, de la que no hacía alarde, porque de verdad la tenía.

Poseía también unas grandes dotes de observación para la prosa de la vida, y una excelente memoria selectiva, de forma que recordaba y veía siempre justamente lo que era menester recordar y ver en el momento oportuno. Tenía María Eugenia el don de la oportunidad y el de no hablar en vano. Cuando hablaba era para algo concreto, generalmente importante y que a los demás se nos había escapado. Por lo demás, la opinión que le merecía la ciencia oficial era una mezcla bien lograda de admiración y sabio escepticismo. Le hacían mucha gracia los entusiasmos científicos de los jóvenes, pero los respetaba y en lo que podía trataba siempre de ayudarles.

Como persona, María Eugenia era de una inmensa elegancia espiritual, y buenas pruebas me dio de ello en situaciones nada fáciles para ambos. Como profesional de la psicología, su conocimiento de las pruebas proyectivas, y en especial del test de Rorschach, era realmente fuera de serie. Muchas veces he pensado que María Eugenia poseía como nadie esa «*subjetividad disciplinada*», ese don de la sensibilidad equilibrada, que Erik Erikson, el psicoanalista biógrafo y psichistoriador, considera con razón la clave de la hermenéutica de la vida.

No sé. La muerte me desconcierta siempre. Por un lado, tengo la impresión de que cualquier día me voy a encontrar con María Eugenia en alguna reunión. De otra parte, sé que se ha ido para siempre: me he enterado a fondo de su muerte, y sé también que así se inicia el desfile de mi generación. Entre estas dos aguas navega mi recuerdo de María Eugenia, amiga buena, que me ayudó a ser un poco menos malo. Quizá después de todo sea cierto que cualquier día me volveré a encontrar con ella y se pondrá a hablarme de Rorschach, o quien sabe de qué, con un jardín al fondo.



En Valencia, en mayo 1969, con Mariano Yela, José Germain, Federico Soto Yarritu y María Teresa García Villegas entre otros.

## María Eugenia Romano, psicólogo clínico

Juan Rof Carballo

No es posible habituarse a su desaparición. María Eugenia Romano era una mujer excepcional y también un auxiliar indispensable en la tarea clínica cotidiana. Hace muchos años que la conocí e inmediatamente aprendí a admirar su talento, sus dotes críticas, su valor profesional. Durante mucho tiempo asistí a las sesiones clínicas que celebramos mis discípulos y yo, primero en la clínica de Marañón en el Hospital Provincial, en la sección, realmente excepcional por no haber existido en España hasta entonces centros similares, pues en ella intentábamos hacer de la mejor manera posible medicina psicosomática.

Desaparecido Marañón, las sesiones se celebraban periódicamente en mi consulta privada. Siempre la opinión de María Eugenia era decisiva y además iluminadora. Sus palabras prudentes, equilibradas, representaban una ponderación intelectual que, en mi experiencia, he de reconocer que es una de las virtudes más raras que existen. Puesto que, dentro de este pausado y equilibrado razonar surgía, de pronto, un destello intuitivo fulminante que nos hacía ver lo que parecía difícil bajo una nueva perspectiva.

Creo que una de las más dolorosas experiencias de mi vida profesional es encontrarme ahora, al reparar la historia de antiguos enfermos que continúan prestándome

su confianza, con los informes lúcidos, brillantes, esclarecedores de María Eugenia Romano. Pienso que en mi labor ha sido una de las ayudas más fecundas. Su libro «El dibujo de la figura humana como técnica proyectiva» es una muestra espléndida de su talento. Obra de gran originalidad, me atrevo a decir que ha surgido de nuestros debates y de la experiencia que se fue forjando día tras día en mi consulta y en las reuniones de seminario entre María Eugenia y mis colaboradores.

La utilidad de este libro pienso que no ha sido suficientemente valorada por los especialistas. Las interpretaciones de María Eugenia me han enseñado más sobre el alma del hombre enfermo, sobre el acertado diagnóstico de sus sufrimientos que docenas de libros.

Por esa ponderada prudencia que distinguía a María Eugenia quizá no osó en su libro expresar mi opinión sobre el interés central en nuestra cultura de los enfermos *borderline* o *liminares*, que a mi petición acertó a resumir, de manera concisamente ejemplar, en unas observaciones que sirvieron de núcleo a los capítulos que en mis diversas obras he consagrado a estos enfermos.

Cada día me afirmo más en la idea que estos enfermos constituyen una de las ca-

racterísticas más apasionantes y curiosas de nuestra cultura narcisista, pues en mi experiencia y en la de María Eugenia Romano han ido en aumento creciente, inesperado, casi podía decir que brutal.

En la página 507 de la última edición de mi libro «Biología y psicoanálisis» reproduzco el contundente juicio que esto pacientes merecieron a nuestra amiga. El perfil de los pacientes liminares, marginales, que llenan nuestras estructuras sociales de sujetos en apariencia normales pero con una debilidad profunda de su íntima estructura emocional, era resumido por María Eugenia Romano de la siguiente manera:

a) sorpresa ante la incongruencia de los resultados de los tests proyectivos con el criterio que del enfermo tienen sus familias y compañeros de profesión y sus médicos anteriores;

b) casi siempre los tests revelan: 1) temor, más o menos marcado a la pérdida de la personalidad y, sobre todo, a su disociación, miedo larvado a perder una clara conciencia de la realidad; 2) dificultades para establecer relaciones personales en el plano afectivo; 3) temor a no poder adaptarse a un medio ambiente distinto del habitual y en consecuencia 4) empleo, como método defensivo, de una *restricción del campo de intereses*, del «mundo» en el que el hombre se mueve; 5) dificultad, más o menos evidente, para hacerse cargo pleno de la realidad, dificultad habitualmente muy enmascarada por maniobras defensivas, tales como una actividad incesante, un éxito en los negocios, una personalidad moralmente «rígida», etc.; 6) tendencia a apoyarse en la conducta en actitudes estereotipadas; 7) huida de todo lo que puede parecer original o personal.

Este perfil ha demostrado en la práctica y sigue demostrando una perspicacia asombrosa. Es certero y completo. Vuelvo por ello a repetirlo en forma alusiva y condensada en mi libro «Teoría y práctica psicodinámica». Constantemente he de volver a esta formulación, tan condensada y segura siempre que vuelvo a reconsiderar este arduo problema de los pacientes liminares a los que ha dedicado otra mujer Christa Rohde-Dachser, un libro enjundioso y muy completo titulado «Das Borderline Syndrom» (Viena, Huber, 1979).

Ni las formulaciones de hombre tan calificado como Grinker, en su clásico libro en colaboración con Werble y Drye, ni la infinidad de publicaciones que, en los últimos años, tratan de atrapar la esencia de este cuadro, en el fondo todavía de esencia misteriosa, tienen la claridad de la formulación de María Eugenia Romero. Insisto sobre este particular, no sólo por tratarse de un ejemplo de estrecha colaboración que María Eugenia mantuvo con mi grupo, sino porque es muestra de dos cosas: de su capacidad didáctica y crítica, al condensar en po-



Homenaje a Rosa Chacel en el Restaurante Valentín.

## Rasgos de una figura del psicodiagnóstico

Manuel Fernández Galiano

La conocí en octubre de 1935. Nos sentábamos juntos en algunas clases, sobre todo la de griego. Ella, con brillantez y precocidad poco usuales, venía ya de Zaragoza con su Licenciatura en Historia, pero necesitaba aprobar algunas asignaturas de Comunes para obtener en Madrid su segunda, la de Filosofía: no hay que decir que tanto en la calificación global de aquella como de ésta consiguió sendos sobresalientes, aunque la verdad es que el griego nos interesaba poco a los dos. Mi vocación fue mucho más tar-

día. Y, como el profesor era un clérigo tan bondadoso como mediocre en cuanto a dotes pedagógicas, solíamos entretener nuestros ocios con charlas sobre mil temas del presente y el futuro. Primer rasgo, que para mí tiene un gran valor humano: la simpatía.

La guerra luego nos centrifugó como a todos. Volvimos a las aulas en 1939 y terminamos nuestras respectivas carreras yo en 1940 y ella en 1942, año en que me casé con Maribel. Ella no debió de tardar mucho

de las pruebas de Machover en los enfermos psicósomáticos. Es libro éste que no se cansa uno de ojear, aprendiendo siempre de sus ilustraciones y de sus diagnósticos perspectivas nuevas para la tarea cotidiana.

cas palabras una difícil definición y en segundo lugar por su modestia, pues no alardea de éste que podemos llamar su descubrimiento más importante al referirse, en el libro antes mencionado, a los enfermos que lindan con la psicosis, funcionando en la sociedad estimada como normal como pivotes habituales del giro, a veces desahogado y vesánico que lleva en ocasiones nuestra historia contemporánea.

María Eugenia Romano era una de las mujeres españolas de mayor valor intelectual que he conocido. Sus condiciones morales, su sensibilidad, su riqueza de conocimientos aliada a una gran modestia la convertían en la auxiliar ideal de un servicio de Medicina psicósomática. En su estupendo libro dedica un capítulo ejemplar al resultado

de nuestra gran amiga desaparecida una perspicaz psicóloga que en el laberinto de las ciencias del alma por el que ha pasado —y aún pasa— el conocimiento de la persona humana, supo siempre timonear sus opiniones con suavidad, sin acritud ni desapego ante las muchas extravagancias con que estas ciencias del alma han sido amenazadas en su rigor científico. Era, además, humanísima en sus juicios y una amiga de maravillosas cualidades morales. Su pérdida nos ha dejado huérfanos de uno de los más brillantes talentos de la psicología española.

en hacerlo con Julio Calonge, otro helenista, entrañable amigo nuestro de entonces y de siempre. A lo largo de las solterías de unos y otros debimos de vernos bastante. Las relaciones entre los dos matrimonios fueron al principio escasas, por mil circunstancias incluso geográficas, pero en cada encuentro pude comprobar en ella (segundo rasgo) su afectividad y sentido de la amistad.

María Eugenia trabajaba con toda la intensidad necesaria en aquellos tiempos difíciles. En 1943 y 1945 respectivamente accedió a la Adjuntía y Cátedra de Filosofía de Instituto. Creo recordar que durante algún tiempo enseñó en Osuna, ciudad natal de mi madre, mientras Julio lo hacía en Sevilla, lo cual llevaba consigo (piénsese en las comunicaciones de aquella época) una sola relativa proximidad geográfica entre el matrimonio. Arduas circunstancias en que debió de ayudarle su tercer rasgo, la conformidad un tanto estoica.

### De la generosidad a la psicología

Pero su opción vocacional no sólo estaba anclada sólidamente en la filosofía (que por lo demás arrostraba una terrible crisis en la España de la postguerra), sino que se extendía a ese terreno a la sazón mal roturado que es la psicología. Esta no existía aún como Licenciatura exenta: lo mejor —debió de pensar María Eugenia— es abordar la psicología desde la otra vertiente, a partir de la psiquiatría como parte del currículum de medicina. Y, en sus idas y venidas desde donde fuera, y vaya usted a saber con cuánto fecundo esfuerzo, no paró hasta licenciarse en Medicina por la Complutense en 1954: a ello se sumaría en 1973 el correspondiente doctorado *cum laude*. En el primero de los años citados se inició ya en la docencia de la nueva facultad. Sus labores de los siguientes años en los departamentos de Medicina Psicosomática del Hospital Provincial o de Psicología Clínica de San Carlos demuestran la seriedad con que emprendió estos estudios, y ello sin duda porque no buscaba en ellos un simple acomodo profesional, sino sobre todo la posibilidad de hacer bien al prójimo atribulado. Cuarto y bello rasgo, la generosidad.

Luego vino su ascenso hacia la cátedra, que la legislación aquélla convertía en una verdadera carrera de obstáculos. Adjunta en 1975; Agregada de la Autónoma, mi Universidad, en el mismo año; Catedrática de Salamanca en 1978 y de la Complutense en 1981. Yo por entonces la veía muy esporádicamente, a pesar de la citada coincidencia, porque la Autónoma, ya a partir de su propia estructura arquitectónica, ha sido siempre un Centro sumamente dispersivo. María Eugenia aparecía de pronto en mi despacho o en la cafetería o en el pasillo, pero nunca para hablar de los conflictos que en aquel



De izquierda a derecha: Pilar Barreto, Edelmira Doménech, María Eugenia Romano y Adolfo Fierro.

## María Eugenia Romano, maestra, compañera y amiga

Rocío Fernández Ballesteros

Desde que en 1966 comencé mis estudios de psicología en la vieja Escuela de Psicología de la Universidad de Madrid tuve un enorme interés en todas las materias relacionadas con el psicodiagnóstico; medir, evaluar, clasificar el comportamiento me resultaba sugestivo. Por eso, cuando comenzaron las clases de «*psicodiagnóstico (II)*» impartidas por la doctora Romano estaba yo en primera fila, en el aula V de la vieja Universidad de San Bernardo, a pesar de que ya en octubre, el frío —endémico en el caserón de San Bernardo— hacía que permaneciéramos con abrigo en clase. Por una inmensa ventana, desvincijada, entraba, además de frío, el tenue rayo de sol del atardecer: eran las seis. La clase —de las típicas aulas con gradas propias de la universidad decimonónica— estaba abarrotada, no menos de doscientos estudiantes «*añositos*» (con la edad correspondiente a los que ya éramos licenciados universitarios) espera-

ban la llegada de la doctora Romano. La mesa profesoral se situaba en el centro de un gran estrado, elevada sobre una tarima de varios peldaños: era de esas inmensas, preparadas para alojar no menos de cinco sillones de alto respaldo, en los que los típicos tribunales compuestos por varios cate-dráticos examinaban antaño. Cuando María Eugenia entró, se hizo un inusual silencio, tomó una de las sillas que se encontraba al otro lado de la mesa, cerca del inmenso pizarrón descolorido, la situó al borde de la tarima y se sentó. Un rostro amable con sonrisa solo esbozada, las manos sobre el regazo, los pies cruzados, el amplio bolso descansaba a su lado como un fiel compañero (luego supe que era un «*instrumento*» esencial para ella en el que guardaba decenas de anotaciones o incluso material de tests). Era la primera vez que yo tenía una mujer como profesora (ni en la Facultad de Ciencias Políticas de Madrid ni en la de So-

momento de mi vicerrectorado tampoco faltaban. Al contrario, cada contacto con ella aportaba a nuestra relación dos matices innatos en ella: la alegría ante goces y adversidades (quinto rasgo) y la extraordinaria modestia (sexto rasgo, poco frecuente en nuestro gremio) que no dejaba sospechar bajo su apariencia y porte sencillos a una primera figura de psicodiagnóstico.

Y, por desgracia, debo anotar un séptimo y sublime rasgo en el psicograma de esta gran mujer, su entereza y conformidad ante

la muerte. Cuando se acerca ésta, los hombres nos dividimos en dos grupos. Hay quien la aguarda rodeado constantemente de parientes y amigos que le consuelen o distraigan. Pero otros prefieren vivir solos o parcamente acompañados el fin del proceso vital, meditar y planear interiormente lo que no podemos impedir que venga. Así debió de ser María Eugenia en los últimos meses de su vida.

Descanse en paz y en gloria eterna quien tanto lo mereció.

ciología de Roma había yo tenido profesores femeninos). Su aspecto era de máxima sencillez. Me gustó.

## Espíritu crítico

Ni que decir tiene, que a lo largo de todo el curso tuve la satisfacción de conocer —siempre como maestra— a la profesora Romano. Por su mediación tuve la oportunidad de tener contacto y realizar las ahora tan añoradas prácticas con técnicas proyectivas en pacientes del Hospital de San Carlos.

Su postura frente a cualquier tema era sistemáticamente crítica. Tras defender un determinado punto de vista terminaba, frecuentemente, planteando alguna crítica sobre él. Sus explicaciones, sumamente amenas, estaban salteadas por casos y anécdotas procedentes de su dilatada experiencia como «*psicodiagnostadora*». No conservo apuntes de esa época pero sí creo que en todo momento la profesora Romano estimuló mi ya acendrado sentido crítico, en aquella ocasión, referido a las técnicas proyectivas y, aún, a otros muchos conceptos y teorías psicológicas. De esa época procede el tema de mi tesis doctoral «*Privación familiar y personalidad*» cuya parte empírica fue realizada con una serie de técnicas proyectivas (además de otros instrumentos). Hasta cierto punto, y por su estímulo, de esa época procede también mi decisión de seguir formándome en psicodiagnóstico en París. Creo que mi experiencia con María Eugenia Romano como profesora es una buena muestra de lo que otros muchos pueden haber vivido al ser por ella enseñados: sencillez en el trato, amabilidad en el discurso, planteamientos críticos y estímulo para todas aquellas personas interesadas por las técnicas proyectivas.

## La Sociedad Española de Rorschach

Agosto de 1971, Zaragoza, se celebraba el I Congreso Internacional de Rorschach y Métodos Proyectivos. Lo organizaba ese gran rorschachista que es el doctor Agustín Serrate. El programa era extenso; participantes de más de veinte países, incluida una nutrida representación española.

Me encontré con María Eugenia en el hall del Hotel Corona de Aragón, sede del Congreso.

—«¡Hombre (sic.) Rocío, ya me imaginaba yo que estarías por aquí!, a ver qué se te ha ocurrido investigar ahora para criticar al Rorschach.»

«No me diga eso, doctora Romano; yo no busco los datos que encuentro» le contesté un poco molesta.

El Congreso fue un éxito y la delegación

española eligió una comisión que llevara a cabo la constitución de la Sociedad Española del Rorschach y Métodos Proyectivos. Ella y yo formamos parte de dicha Comisión. Tuvimos entonces la oportunidad de conocernos, ya como compañeras embarcadas en una tarea común. La Sociedad Española del Rorschach y Métodos Proyectivos fue constituida en 1972. María Eugenia fue su vicepresidente durante largos años.

Barcelona, 1973. Se celebraba la Reunión Anual de la Sociedad Española del Rorschach y Métodos Proyectivos (precisamente, se nombraba *Miembro de Honor* de la Sociedad al profesor Siguán). María Eugenia Romano, Jesusa Pertejo y viajábamos hacia Barcelona. A las tres nos habían pedido nuestra participación en una Mesa Redonda —junto con Agustín Serrate (presidente de la Sociedad), Alfredo Simón y Pedro Pérez— en la que se trataría un caso a través del Rorschach. Jesusa Pertejo había renunciado a tal participación y María Eugenia y yo comentábamos —mientras el tren se dirigía a Barcelona— qué podría dar de sí y esperarse de nosotras en semejante situación. Yo había valorado el protocolo sin realizar ninguna interpretación ya que me parecía que lo más importante era poder establecer la fiabilidad interjueces en la evaluación de las distintas categorías de clasificación del Rorschach. María Eugenia había preferido abstenerse en tal tarea ya que ignorábamos lo que iba a pedírse nos durante tal acto. Pues bien, la mesa redonda se llevó a efecto. Lo que se nos pidió a los miembros de la mesa fue, finalmente, que interpretáramos a *ciegas* el protocolo suministrado perteneciente a un determinado sujeto. Como ocurre en muchas situaciones, la presentación de dichas interpretaciones se realizó de menor a mayor edad/estatus de los miembros. Pues bien, yo, bastante horrorizada, me disculpé refiriéndome a que mi trabajo

se había limitado a la valoración de las respuestas y esbocé una somera interpretación con base en el psicograma elaborado por mí. Los restantes miembros cumplieron admirablemente la tarea presentando sus respectivas interpretaciones sobre el caso. María Eugenia habló en último lugar; pues bien, fue ella quien realizó la más brillante síntesis interpretativa de las realizadas sobre el caso.

## Cómo pasar inadvertida

Octubre de 1975. María Eugenia Romano había ganado por concurso oposición una plaza de Profesor Agregado de Psicología (Psicodiagnóstico) en la Universidad Autónoma de Madrid. Desde ese año hasta 1979 trabajó activamente en esa Universidad. Colaboró en el plan de estudios (aún vigente); por su temple y buen hacer fue Vicedecana de la Facultad de Filosofía y Letras. Entre las múltiples anécdotas que podría relatar, viene a mi memoria la siguiente. Un día, nos encontramos en la biblioteca; buscaba yo bibliografía sobre un tema que íbamos a investigar: procesamiento icónico de los estímulos del Rorschach (y que luego constituiría la tesis doctoral de María Oliva Márquez). Cuando se lo comenté me miró sorprendida: «¡Hombre (sic.), sabes que yo he trabajado sobre eso!». En efecto, aunque no exactamente utilizando el mismo paradigma, María Eugenia Romano (como así figura en otra de las colaboraciones en este mismo número) había realizado hacía tiempo un trabajo que seguramente no había publicado sobre ese tema. Y es que, el sentido crítico de María Eugenia no sólo se dirigía a los trabajos ajenos sino que, creo yo, dificultaba la publicación de aquello que ella misma investigaba o pensaba por considerarlo, con demasada modestia, no apto



De izquierda a derecha: Jesusa Pertejo, Vera Campo, Agustín Serrate y María Eugenia Romano.

para ser leído por la comunidad académica.

Julio de 1981. Primera Reunión de Profesores de Psicodiagnóstico organizada en la Universidad Autónoma de Madrid. Se trataba de la primera reunión en la que un colectivo de profesores de psicología abordaba el concepto, contenidos y otros aspectos docentes y de investigación de un conjunto de materias. María Eugenia Romano era ya Catedrática de Psicodiagnóstico de la Universidad Complutense. Como tantas otras veces, rogué a María Eugenia que presidiera o moderara alguna de las sesiones que se llevaron a cabo. Siempre estuvo presente en ellas pero no consintió en ocupar el rol que le correspondía como maestra. Pasar inadvertida era un deseo, creo yo, constantemente presente en todo acto público.

Julio de 1984, Barcelona. Comisión del Área de Personalidad, Evaluación y Tratamiento Psicológicos. Tarea: juzgar sobre qué profesores con unas determinadas características eran *idóneos* para transformarse en profesores titulares de Universidad. María Eugenia y yo volvimos a coincidir, ambas como miembros de esa Comisión. El trabajo fue extremadamente duro, quizá el más difícil e, incluso, doloroso (por muy distintas razones) de los que ambas hubiéramos tenido que realizar como producto de las responsabilidades académicas. Con frecuencia nos lamentábamos que, con los condicionantes existentes era poco menos que imposible realizar una tarea de evaluación objetiva. Vivíamos en el mismo hotel y, al final de la jornada (muchas veces pasadas las doce de la noche) tomábamos un bocado tratando de conversar sobre temas alejados a nuestra difícil misión, en ocasiones relacionados con mi, por entonces, quebrantada salud (que después ella recordaría muchas veces durante su enfermedad). En más de una ocasión, me confundió el nombre, llamándome *Isabel*... Habíamos llegado a establecer —cosa poco frecuente entre personas que se dedican a un mismo quehacer— una buena amistad sobre una base de respeto y afecto mutuo.

Mis conversaciones con María Eugenia Romano cuando ya estaba sentenciada a muerte sirvieron para que mi admiración por su persona se acrecentara: la naturalidad con la que hablaba de su mortal enfermedad; su continuo interés por las cosas que pasaban fuera ya de *su mundo*; su fina ironía al tratar esos temas, tan rastreros (?), que, con demasiada frecuencia, nos ocupan a lo académicos; su vivo interés por lo más genuino de la vida: su nieta y sus seres queridos; sus constantes esfuerzos por no molestar con su enfermedad; su pudor, e incluso coquetería, para no dar una imagen consonante con sus padecimientos... Todo ello, y mucho más, pusieron una vez más de relieve, para mí, su gran humanidad.

Gracias por todo y descansa en paz, mi querida maestra, compañera y amiga, María Eugenia Romano.



En el IV Congreso de Psicología, 1973, con Mariano Yela y Joan Corominas.

## Al atardecer, mirando al futuro

Jesusa Pertejo

Siempre me he preciado de haber sido buena amiga de Eugenia Romano. Teníamos mucho en común: psiquiatras las dos, formadas junto a «*amos*» diferentes, pero igualmente «*duros de pelar*», a los que profesionalmente servíamos con toda honestidad; psicoterapeutas autodidactas con un buen balance de enfermos curados; afanosas siempre de trabajar en el campo de la psicología habiéndonos especializado en las técnicas proyectivas, especialmente del test de Rorschach y el de Machover. También teníamos ambas una fuerte vocación por la enseñanza.

### Cuando la psicología clínica no existía

Voy a glosar su figura gustosamente —accediendo a la petición que me hace la revista «*Psicólogos*» del Colegio Oficial de Psicólogos.

Cuando allá por el comienzo de la década de los setenta, la Sociedad Española de Psicología (SEP) nos encargó llevar su Sección de Psicología Clínica, ambas, habíamos sido al mismo tiempo Vocales de la Junta Directiva que presidía entonces el Profesor Yela. Porfiamos mucho por incorporar al equipo a la doctora Monasterio, pero a pesar de nuestra insistencia, acabó por no aceptar. Viendo juntas a Eugenia y Fernanda me decía yo: «*Qué buenos vasallos si tuviesen buen Señor*», y al decir Señor me refería preferentemente a no haber estado entonces a expensas de una administración raquítica y descuidada, que menospreciaba estos valores que hubieran ido creando un foco coherente y fecundo de psicología clínica que en aquel entonces prácticamente era inexistente. Yo misma, hubiese aprendido mucho de ellas y disfrutando siendo su amanuense.

Una de las actividades encomendadas a la Sección de Psicología clínica de la S.E.P. era la de organizar una sesión científica mensual. Abordamos la tarea confiadas en crear un habitat propio para jóvenes psicó-

logos en formación, los que se iniciaban en trabajar en esta especialidad y como punto de encuentro para los que ya trabajábamos con experiencia en ella. (Por entonces, la Sección de Pedagogía de la S.E.P. presidida por el Profesor García Yagüe trabajaba muy bien dentro de su campo.)

Actuando Eugenia de presidente y yo de secretaria, allá íbamos puntuales los terceros viernes de mes, día que se nos había asignado, procurando llevar prestigiosas conferencias nacionales o extranjeras que repescáramos a su paso por Madrid; adaptándonos a proponer temas y oradores que conviniesen a la audiencia que acudía a las sesiones; dando a esta audiencia la oportunidad de ser ellos mismos los que eligiesen los temas, de acuerdo a las necesidades que tuviesen e incluso haciéndoles participar directamente a ellos; siempre dentro de la psicología clínica.

Pero todo esfuerzo nuestro acabó siendo baldío y aquello fue decayendo. Carecíamos de los mínimos presupuestos para pagar a conferenciantes, teniendo que ser nosotras las que de nuestro pecunio corriésemos con los gastos de traslados, obsequios, cenas. Así las cosas, los asistentes fueron decantándose en determinados especímenes: el que acudía, cual mariposón, con ánimo curioso e interesado para ver lo que se cocía allí y que pronto no volvía pues no encontraba las recetas fáciles con las que luego él quería trabajar; el que nos utilizaba de plataforma reivindicativa para expresar desabridamente sus quejas contra la mala formación teórico-práctica recibida y denunciar la imposibilidad de ser acogido en centros hospitalarios para hacer prácticas, así como las pocas perspectivas de puestos de trabajo que había, y que un vez evacuadas sus múltiples quejas personales no volvía; o nos venían a acusar de manejar técnicas de exploración subjetivas —que ellos por supuesto no conocían— a las que negaban toda confianza; también había quienes llevaban casos a controlar, aceptando muy mal nuestras señalizaciones, hacia cómo habían



tomado la prueba o interpretación hecha, por lo que desconociendo lo que es una supervisión, muy dignos y enfadados no volvían; por último, y esta era la mayoría, quienes deseaban ir de buen grado, las sesiones las consideraban muy útiles y formativas, pero a los que los desplazamientos en una ciudad monstruosa como es Madrid respecto al tráfico y acosados por obligaciones familiares y profesionales tras una jornada de estudio y trabajo se les hacía imposible trasladarse a las ocho de la noche a la sede de Isaac Peral.

### Serenidad ante la desidia

Por si esto fuese poco, había veces que el aula que teníamos asignada para nuestras sesiones, estaba ocupada por un conferenciante ajeno a nuestra actividad y entonces teníamos que andar de acá para allá buscando un lugar en donde meternos. La verdad, dicho sea de paso, es que la audiencia de los terceros viernes de mes, pasó a ser preferentemente la de los alumnos que tenía María Eugenia en la Escuela de Psicología (los de horario nocturno) y algunos que yo podía convencer de los últimos cursos de la Universidad Autónoma, aún a sabiendas de que a muchos le movía el interés de «retratar» para el aprobado de final de curso.

Ante este estado de cosas, yo me veía y deseaba para llevar a la Asamblea de la S.E.P. como era anualmente preceptivo, un resumen de las actividades de nuestra sección.

Analizando esta situación, tan repetitiva en otros ámbitos, en aquella época podía ponerse claramente de manifiesto la desidia administrativa, la indiferencia y forma de desaprovechar los valores que teníamos al alcance como era la presencia en nuestro país de la profesora de psicología en Argentina, Fernanda Monasterio, catedrático, con amplia formación humanística, médica y psicológica, cuyo sueldo que le pagaba el Instituto de Psicología Aplicada más vale omitir, por tener allí montado un Gabinete de Psicología Clínica con un formidable equipo de colaboradoras. En este análisis destacaba también la grave obstrucción que sistemáticamente solía hacer preferentemente psiquiatras y médicos al progreso de la psicología clínica, sin que se vislumbrase en ellos ningún atisbo de ser favorables a la creación de equipos multiprofesionales, como los que funcionaban ya en otros países. También influía en ello la mala prensa que tenía el abordaje del estudio de la afectividad del paciente con técnicas proyectivas, que indudablemente se nutrían de escuelas de orientación dinámica y/o psicoanalítica.

Pero si traigo todo esto aquí a colación, es para mostrar una de las facetas para mí más asombrosas y admirables de Eugenia Romano, quien ante tal situación era capaz, con la mayor serenidad y cordura, de acep-

tarlo, de justificarlo en parte; su fecundia organizadora planeaba continuas nuevas soluciones para lograr los objetivos propuestos. Aceptaba ser depositaria de los que venían sobre sus quejas de la psicología, nuestra respuesta silenciosa les hacía bien, pues así se oían mejor ellos en los que tenían la razón o no. Nunca aludía al espaldarazo administrativo. Su ánimo no decaía, y la querulancia, tan habitual en mí, no aparecía en ella. En el fondo, con su actitud conciliadora frenaba más las resistencias que las provocaba o reforzaba. Actuaba de excelente elemento amortiguador de tensiones. Nunca supe de dónde sacaba aquel temple.

Cuando, preceptivamente, acabó nuestro mandato en la sección, sentimos piedad por las que nos sucedían, que tampoco lo tuvieron nada fácil.

El otro encuentro mío con Eugenia, tuvo lugar pocos meses antes de morir ella, a raíz de una llamada telefónica que me hizo, para preguntarme cómo me iba con mi jubilación de la Universidad. Le contesté que uno de los júbilos que me deparaba era el tener tiempo para, ahora, visitar a los buenos amigos, a más de haberme librado de tener que repetir hasta cinco veces en el día una misma lección a los alumnos. Decidimos vernos aquella misma tarde, en su casa de la calle Lagasca.

### Mirando hacia atrás

Nuestra conversación duró varias horas y el tema preferente de ella fue la psicología. Comenzamos por comentar las posibilidades y limitaciones de la evaluación psicológica, advirtiendo que había unos recovecos y fondos de saco en los tests proyectivos, llenos de contenidos significativos que aún quedan por conocer y en los que la psicología oficial no parece interesarse. Juntas, mirando hacia el atrás de la psicología —*«sin ira»*— sentimos cariño y ternura como quien mira a una criatura pequeña a quien se justifica el lento paso con que se va haciendo camino. Hicimos revisión de los grandes momentos perdidos, sobre los «*popes*» obstructores, las sistemáticas y perennes resistencias y peleas así como el tiempo que se pierde y esterilidad que supone el radicalismo de escuelas diferentes que se obstinan en ignorarse y valorar los logros y conocimientos a que llegan cada una de ellas y que son una aportación útil al ejercicio profesional.

Hablando, hablando, fue llegando el atardecer, esa hora que invita a cerrar las contraventanas a encender la lámpara y donde el encuentro se hace más cálido e íntimo. Por un momento, para no dejar de hablarlos, nos trasladamos a la cocina a preparar el té, que luego degustaríamos, volviendo al salón de nuevo, donde lo sirvió con toda minuciosidad y buen gusto. Fue entonces, cuando abordamos, como colofón, el hablar

de los jóvenes valores que atisbábamos en el panorama universitario, del futuro de la psicología, confrontando ambas que a través de ellos y con una mejor administración bien podíamos tener confianza en el porvenir que espera a la psicología.

Luego, tras el refrigerio, hablamos de nuestros hijos y nietos, de su porvenir. Me narraba los viajes de su hija Isabel con el mismo entusiasmo y detalle, como si los hubiese hecho ella misma.

Llegó la hora de despedirnos; ya en el portal, saliendo a la calle, reparé que no habíamos hablado nada sobre su enfermedad de la que yo tenía muy poca información. Recordé entonces, que al llegar me había dicho «*estoy poco bien ¿sabes?*» en lo que yo reparaba que llevaba peluca, sintiendo una dolorosa punzada por todo lo que esto podría suponer.

Luego mezclándome en el tumulto de la gente que transita por las calles del barrio de Salamanca reparé que de nuevo Eugenia había sido generosa como siempre. No había ocupado el tiempo de nuestra visita en hacerme depositaria de sus temores personales y prefirió olvidarse de su presente para evocar tantas cosas vividas juntas, para revisar los temas que siempre nos inquietaron y para acabar confiando en los jóvenes valores de la psicología de hoy. De pronto al pasar ante la floristería donde unas horas antes había comprado un ramo para ella me arrepentí de haberlo hecho, pues ella al tomarlo y alabarlas me miró de una forma penetrante, que ahora interpretaba yo como presintiendo que pronto sería llegado el día que otros le llevaran flores que ella no vería.

Tras el verano, me enteré de su muerte y escribí a Isabel. La fecha coincidía con la de la muerte de mi marido hace dieciocho años. Isabel y yo tenemos ahora cosas en común, me une a ella un secreto querer que supongo recíproco. Por eso un día la convertí en el personaje de uno de los cuentos que he escrito y al que tengo mucho apego. En él se llama Carol y a su través pude aceptar que Eugenia me ganase la única plaza de un concurso-oposición a la que optábamos sólo ella y yo. Isabel, convertida en Carol restañó las heridas de aquel evento y me hizo recuperar la serenidad para aceptar la derrota justa y volver a admirar/enviñar a Eugenia en tantas cosas como eran su facilidad de palabra en las exposiciones, su talante ecuánime y falta de paranoia, la especial amplitud y penetración en su capacidad de juicio, los vastos conocimientos que tenía, su prodigiosa memoria...

Eugenia nos ofreció un modelo de tolerancia, de saber hacer, de hacer posible el seguir la continuidad, lleno de esfuerzo y sacrificio dentro del campo de la enseñanza de la psicología. Reconocámoslo e intentemos seguirlo. Es el mejor homenaje que podemos hacer por ella, que bien se mereció.

Pensando estos días en María Eugenia Romano, recordando su figura, he llegado a pensar lo siguiente:

La presión de la publicidad sobre la vida contemporánea es general. Se tiende a pensar que sólo existe aquello que es público. Hasta en las universidades se ha implantado la jornada de «puertas abiertas» para airear y divulgar lo que en su interior se investiga y se crea.

### Aceptación, sin prisa, de la realidad

¿Hasta dónde habrá que llegar en esa línea? ¿Cuánta intimidad requiere la creación, la investigación, el alumbramiento de nuevas ideas? Hace ya muchos años, Ortega se propuso meditar sobre la contraposición ente vida activa y teoría bajo las figuras bíblicas de Marta, agitada e inquieta, y la contempladora María; ¿es sólo una cosa necesaria?, ¿puede haber contemplación, teoría, en medio de la presión de una continua publicación del pensamiento?

Es posible que lo último que haya escrito la doctora Romano, que es como solía ser llamada, hayan sido unas cariñosas palabras de dedicatoria en la primera página de su libro sobre las técnicas de diagnóstico mediante el dibujo de la figura humana que me entregó, para mi colección de documentos sobre psicología española. Me llegaba así, en horas finales y emocionadas, lo que ha debido ser su único libro publicado.

María Eugenia Romano no había construido su figura de investigadora, de profesora, de experta psicóloga clínica sobre un montón de páginas escritas con prisa sobre temas puntuales de limitado alcance. Su nombre, por el contrario, estaba rodeado de un cierto halo de arcano, de dificultad dominada en silencio, de competencia difícilmente adquirida a lo largo de los años. Su instalación en las técnicas proyectivas, singularmente en el test de Rorschach, parecía completa. Venía, hacia quienes llegábamos más tarde a la psicología, envuelta en prestigio, en lejanía, en silencio. Tan sólo se sabía que era doctora, que había estudiado medicina y filosofía, que conocía los entresijos de los tests proyectivos, que era buena persona.

Desde ese recogimiento, desde ese silencio personal la doctora Romano trazó una vida personal que reunió tres licenciaturas —junto a la de filosofía y medicina añadía, según hemos sabido luego, la de licenciada en historia—. Supo luego estar cerca de aquellos de quienes podía aprender, y así colaboró con Marañón y con Rof en el Instituto que dirigía el primero, haciendo psicodiagnóstico y psicopatología. Pasó luego años en la Escuela de psicología, donde los cursos sobre Rorschach, fuera de programa, atrajeron continuamente el interés de los jóvenes profesionales que allí se iban for-



Diciembre 1968.

## La doctora Romano, magisterio silencioso

Helio Carpintero

mando. Luego, con calma, poco a poco, vino a ocupar lo que un aristotélico habría llamado «su lugar natural» en la facultad de psicología de la Universidad Complutense, mediante rodeo por el dorado resplandor de Salamanca.

Tal vez el secreto de esta biografía haya estado, precisamente, en su aceptación de la realidad sin prisa ni ambición. Al comenzar su libro, la doctora Romano estampó estas palabras: «No se trata sino de unas consideraciones sobre una técnica que, en opinión de quienes la emplean ofrece grandes posibilidades, pero cuya justificación por métodos experimentales se presenta aún difícil.»

Así, tras disolver la primera persona en un plural impersonal, la autora del libro admitía a un tiempo las grandes posibilidades de unas técnicas de diagnóstico, unido a la dificultad de su justificación científica. Ni lo segundo le cegaba sobre sus propias e intransferibles evidencias, ni su experiencia personal le engañaba sobre el «status» epistemológico y científico de los instrumentos que manejaba. Entre la exigencia clínica y el rigor de la academia, María Eugenia Romano supo soportar la tensión conflictiva sin romperla, sin simplificarla, sin falsificar la situación.

### Entre la clínica y la academia

Pienso ahora que, posiblemente, esa radical tensión íntima, personal, vivida con autenticidad, es lo que veían sus discípulos próximos, quienes se iniciaron de su mano en

el manejo de esas técnicas. Debían ver que la utilidad práctica, la significación profesional y clínica de esos métodos de diagnóstico eran reconocidos, no negados en virtud de un excesivo prejuicio de rigor científico; pero debían también sentir el compromiso que el científico que también habitaba en la doctora Romano exigía comprobaciones que no lograba reunir.

Tal vez esa tensión, vivida profundamente, sin aspavientos, le permitía ver el sentido limitado del propio conocimiento, de la ciencia misma, al menos de algunos de sus paradigmas más en alza. Al propio tiempo, su propia formación y su experiencia le hacían ver que el profesional, el clínico, el psicólogo enfrentado al diagnóstico de sus semejantes, tiene que formar su juicio en un tiempo inaplazable, de hoy para mañana, forzado a intervenir en casos muchas veces perentorios, de un modo que exige responsabilidad y seriedad, pero que excluye la agitación publicitaria y satisfecha.

Veo a María Eugenia Romano en la tradición de aquellos mestros universitarios alemanes que podían anunciar, antes de la celebración de una clase, que el señor profesor no había aún resuelto la cuestión sobre la que debería haber versado la lección. Su silencio, su fina y suave ironía ocasional, su afán de saber, dibujan un admirable perfil científico y magistral esencialmente interrogante, al que debemos sensibilizarnos todos. Como dijo Wittgenstein, «de lo que no se puede hablar, mejor es callarse»: callarse, y pensar, para que al fin podamos llegar a hablar plenamente.

# CONSIDERACIONES SOBRE LA INTERPRETACION DEL DIBUJO DE LA FIGURA HUMANA

María Eugenia Romano

Después de haber pasado revista algo más detenidamente a las características del dibujo de la figura humana, vuelven a surgir los problemas que se apuntaban al principio. Se advierte ahora la cantidad de posibilidades que ofrece como técnica proyectiva, y también alguno de los motivos por los que no ha sido posible demostrar su validez. No es necesario repetir la serie de inconvenientes que se presentan en el camino de tal demostración, pero aparece bien justificada la opinión de Nunally sobre la dificultad (que él considera imposibilidad) de manejar las miríadas de interacciones posibles. Sin embargo, la cuantificación, como piensa Cerdá, parece el único procedimiento para apreciar su valor real. Las frecuentes alusiones a la intuición global no pueden aceptarse en este terreno, a no ser como una nueva fuente de conocimiento, con lo cual se excluye del ámbito de lo que se considera hasta ahora ciencia propiamente dicha. Cabe también como fuente de hipótesis, como motor de un pensamiento creador cuyos frutos, a su vez, habría que comprobar.

Las consideraciones que siguen se refieren a aspectos parciales que pudieran contribuir a un enfoque más ajustado de esta prueba. No constituyen un sistema de interpretación, que es tarea de mayor complejidad y envergadura, a la que habría de contribuir un esfuerzo colectivo y un planteamiento en otro terreno.

## Sentido de la proyección

Un punto clave para lograr una interpretación es el sentido que se da al mecanismo de proyección.

Inicialmente parecía suponerse que en toda técnica proyectiva lo ue sucede es que el sujeto «se proyecta a sí mismo», es decir, se refleja directamente. Esto podía suceder, según las características de cada técnica, en distintos aspectos, pero el fenómeno continuaba siendo el mismo. Así en las pruebas de relatos de historias, lo que dice el sujeto del protagonista de la historia se puede aplicar a él mismo; se identifica al sujeto y al héroe de la historia. En los dibujos, especialmente en el de la figura humana, que se presta más a esta versión que otro tipo de dibujos (como árbol, o H.T.P.), se supuso que el autor venía a trazar su propio retrato.

La experiencia muestra que se trata de un fenómeno más complejo. Puede aparecer, en efecto, con esa simplicidad, pero también hay otras formas de proyección que pueden encontrarse en el producto de una técnica.

El tema no ha sido suficientemente analizado. Anzieu (1972) alude brevemente a la distinción de Ombredane, como inicio de un camino por recorrer.

Supone la existencia de una proyección:

- a) Especular: el sujeto encuentra en la imagen de otro, como en un espejo, las características que pretende que son suyas; puede, a su vez verificarse de modo indicativo (por ejemplo, un niño enfermo dibujo un cuerpo atrofiado) o de modo optativo (por ejemplo, relatando una historia de afecto cuando padece de carencia afectiva).
- b) Proyección catártica, atribuyendo a la imagen de otro las características que él mismo tiene y rechaza de sí.
- c) Proyección complementaria por la que atribuye a los demás sentimientos o actitudes que justifican los propios.

También podría proponerse otra clasificación basada en un fundamento único: lo que el sujeto es, lo que desea y lo que rechaza. Así se encontraría:

a) Proyección directa. El sujeto se refleja tal como él cree que es. Quizá tal como es. Pero estas dos versiones no son equivalentes; es más, presentan justamente el problema del diagnóstico. Quizá podamos averiguar a través de una técnica proyectiva que el sujeto utiliza esta forma de proyección directa, que se refleja tal como se ve. Pero una segunda cuestión es la de confrontar esa creencia del sujeto con la realidad. Las personas tienen opiniones sobre sí mismas y pueden expresarlas directamente; esto no quiere decir que tales opiniones sean acertadas. La afirmación que hace Mischel entre la decepción y el humorismo, de que el mejor modo de saber cómo es una persona consiste en preguntárselo a ella misma, todavía tiene un inconveniente: ni siquiera así lo sabremos; sólo sabremos cuál es la opinión que la persona tiene de sí misma.

Es, pues, evidente que en una forma de proyección directa el sujeto pretende reflejarse como él cree que es; y nuestra interpretación ha de tener en cuenta este hecho. Necesita una nueva fase de comprobación. Así la constatación de que un sujeto, por ejemplo, crea de sí mismo que es cobarde no quiere decir que lo sea, sino que lo cree; y ya es bastante si logramos captar este hecho.

b) Proyección optativa: lo que el sujeto desea ser, y justamente no lo es. Estas aspiraciones ideales apare-

cen claras en el aspecto del contenido, en el que con frecuencia se representa la profesión o la situación a la que se aspira. En la figura 13 hemos visto el ejemplo del seminarista; en la figura 50 un estudiante de segundo curso de Medicina se ve ya como médico, incluso contemplado por la figura femenina. Pero es posible que en los rasgos de estructura se presenten elementos que respondan también a esta aspiración; uno de ellos puede ser el tamaño, como compensación de la propia pequeñez; o la intensa presión de la línea. En estos casos es una forma de aspiración compensadora de una deficiencia sentida. Pero es aquí difícil hacer la distinción entre los conceptos de privación y carencia. Es posible que para el sujeto no haya tal distinción entre la posesión de elementos esenciales, naturales o de necesidades forjadas socialmente, o incluso de caprichos; quizá en este último caso pueda ser mayor la intensidad del impulso.

Una mezcla de ambos medios de representar este tipo de proyección optativa: el contenido y la estructura, aparece en la paranoia, con sus enormes y firmes figuras que representan reyes sentados en su trono en actitud solemne, hierática.

c) Proyección defensiva, que vendría a coincidir con la catártica y con el mecanismo de defensa propiamente dicho de proyección. Aunque es más fácil atribuir al sujeto el rechazo de un rasgo que interpretarlo además, en una segunda fase, en este sentido de mecanismo de defensa, suponiendo que lo considera como un rasgo que el yo rehusa considerar como propio.

Estas posibilidades plantean a su vez nuevos problemas que son, por otra parte, una posibilidad de comprender e interpretar mejor el fenómeno de la proyección. Así el primero de ellos: ¿es igual la capacidad de proyección en todos los sujetos? Es posible que cada persona tenga una capacidad diferente no sólo en cuanto a la aptitud para la proyección en general, sino en cuanto a la cualidad, a la forma de proyección que prefiere. En la práctica de las pruebas proyectivas se suele sacar la impresión de que las personas son diferentes en esos dos aspectos: en el nivel en que son capaces de proyectarse (en la intensidad de este fenómeno). Y también en la cualidad de la proyección, en la forma especial de proyección que prefieren. Así decimos de unos dibujos que son «ricos» y otros «pobres»; lo mismo que de protocolos de Rorschach o de relatos. Parece que hay algunos trastornos graves de la personalidad que afectan a esta capacidad de proyección y llevan consigo esa «pobreza». Y, por otra parte, algunas personas normales o con rasgos neuróticos, nos presentan gran cantidad de datos. Claro que, por otra parte, esta riqueza o pobreza se considera por un intérprete, y podría suceder que los dibujos o protocolos «pobres» fueran muy proyectivos si encontráramos la clave de su significado.

Eso en cuanto a la intensidad de la proyección. En cuanto a su cualidad, también habría que preguntarse si todas las personas son capaces de adoptar todas las formas de proyección. Y si todas las utilizan en la misma medida o si varían según la personalidad que está adaptada a una forma de proyección propia, ¿es un rasgo más o menos constante, depende de circunstancias patológicas, de circunstancias normales, de la edad, del nivel cultural? Incluso hay que suponer que la personalidad del psicólogo intervenga también en la educación de una forma de proyección determinada en el sujeto; es posible que la relación transferencial influya en este sentido.

Esto por lo que se refiere al sujeto, pero también habría que considerar las técnicas proyectivas desde este punto de vista. Quizá no todas las técnicas sean capaces de facilitar en el sujeto la mayor amplitud de posibilidades de proyección; es posible que algunas técnicas propongan un material tal que induzca al sujeto más en una vía de proyección que en otra. Así, por ejemplo, el test de frustración de Rosenzweig podría facilitar especialmente un tipo de proyección defensiva.

Sobre este punto sólo pueden apuntarse posibilidades. En la realidad se encuentra que hay tres tipos de pruebas: interpretación de manchas (fundamentalmente Rorschach), relatos, y dibujos, y que en cada uno de estos grupos parece que la proyección se orienta con mayor o menor amplitud y en un sentido determinado. Es posible que ello contribuya al hecho de que los sujetos den a veces rendimientos muy diferentes en unas pruebas que en otras, y así puedan encontrarse protocolos de Rorschach pobres frente a relatos ricos; ésta es una experiencia frecuente, así como también la diferencia entre Rorschach y Machover; hemos visto en los casos de alopecias que el dibujo aparecía más desintegrado o elemental que los datos de Rorschach; en éste el sujeto podía establecer una defensa; en dibujo parece que se mostraba un tipo de proyección directa. Esto que puede aparecer una cuestión teórica, surge en la práctica inmediata en cuanto tratamos de interpretar, en este caso, un dibujo. El sentido que puede tener una figura varía con la forma de proyección que el sujeto haya empleado; es bien frecuente la duda entre las dos posibilidades de la proyección directa o la optativa. En una figura adornada con caracteres estimables, no sabemos si el sujeto se proyecta directamente («éste soy yo») o en sentido optativo («éste querría ser, no lo soy»). Lo mismo sucede con la representación de rasgos como la agresión, la carencia de miembros, la deformidad, en sentido negativo; puede aparecer la proyección defensiva colocándolos en la figura contraria.

Es, pues, necesario saber cuál es la forma de proyección utilizada por el autor; y aún eventualmente si ha acudido a más de una, lo que también es posible. Sobre este punto hay algunos rasgos que pueden servir de indicio. Por de pronto, ha de tenerse en cuenta el conjunto de todos los datos no solamente de esta prueba, sino de los restantes medios de diagnóstico, incluida la entrevista; los datos que aparecen en alguno de ellos puede servir de confirmación para otro. Resulta facilitado en algunos casos en los que se supone ya un tipo de proyección, como la defensiva, en personalidades con rasgos paranoides. Otras veces el indicio proviene de las características mismas del dibujo; cuando se representa personajes ideales, adornados de una serie de rasgos positivos, y/o cuando se añaden también rasgos estructurales como buen tamaño, firmeza de línea, etc., podemos suponer que se trata de un tipo de proyección optativa. O en los casos citados, en los que aparece una profesión deseada.

La interpretación se complica por el hecho de que aparecen dos figuras, con la posibilidad de que en cada una se haya empleado una forma de proyección distinta. Véase el ejemplo de la figura 83, donde el personaje femenino aparece con unos rasgos bien diferentes del masculino; la mujer en un tipo de dibujo idealizado incluso levemente acentuado por la adición de una inmensa pluma sobre el sombrero, pero en un intento de representar una figura bella; el hombre, en cambio, no solamente es tratado con cierta rigidez geométrica, sino que representa una deformación, una ocultación de la

realidad viva; es un dibujo egipcio, esclerosado, de espalda a la mujer. El autor es un hombre; no parece que en este segundo dibujo, en el de su propio sexo, haya utilizado un tipo de proyección desiderativa; más bien se representa como se siente, ofreciendo una imagen caricaturesca de sí mismo, o rechaza esta posible visión de su situación. Pero lo que representa la figura femenina dibujada en primer lugar y la combinación de ambas ofrece numerosas posibilidades enriquecidas por esta consideración del tipo de proyección.

## Descripción e interpretación

La cuestión de las relaciones entre descripción e interpretación es tan amplia y complicada que desborda hasta el intento de resumirla aquí; se encuentra en la base de los problemas no solamente de las técnicas proyectivas, sino de todas las pruebas de personalidad y aun de la esencia misma del psicodiagnóstico. Como vimos al principio, todos los autores que se han ocupado de la medición, evaluación o aun descripción de rasgos de la personalidad han tenido que aclarar estos dos terrenos distintos e inseparables de la descripción y la interpretación.

Levy (1971) ha dedicado un denso trabajo al tema de la interpretación psicológica. De la complejidad de sus aspectos basta decir que aparece entre ellos el semántico, que abre perspectivas a nuevos problemas e investigaciones.

Vamos a reducirnos aquí a unas consideraciones limitadas a conceptos que aparecen en la práctica más inmediata.

Por lo que se refiere a nuestro caso, al dibujo de la figura humana, como en las demás técnicas, es preciso distinguir dos planos:

a) Las conclusiones pueden limitarse a una descripción superficial de la personalidad deducida de los datos de la prueba. Fijarse en los datos más generales y hacer una mera descripción de los hallazgos sin precisar más su sentido. Esta descripción resulta exacta, de acuerdo con la realidad del dibujo, pero poco profunda, porque no llega a dar interpretaciones. No expresa la relación entre los datos que aparecen en el dibujo y los que corresponden a la realidad psíquica que se pretende conocer.

b) Por el extremo contrario, es posible establecer un paralelismo entre esas dos series de rasgos: las del dibujo y las que se suponen correspondientes en la personalidad. Se basa tal interpretación en una hipótesis (que puede estar o no estar comprobada experimentalmente) y se interpreta el dibujo con arreglo a tal esquema. Se da así una descripción con arreglo a una teoría determinada. Ya no es una descripción, sino una interpretación. Puede ser completa, profunda, bien detallada... y únicamente corre el peligro de no ajustarse a la realidad, si es un supuesto basado en una hipótesis no comprobada. Puede encajar teóricamente con exactitud, pero estar lejos de responder a los hechos. Es un puro esquema conceptual.

Esos son los dos extremos a los que se aproxima el proceso de conclusión de nuestra prueba: la descripción o la interpretación. En la realidad ambos se mezclan, y generalmente nos vamos apoyando en uno o en otro a medida que necesitamos más seguridad en nuestras

conclusiones (dada por la descripción) o más riqueza diagnóstica (dada por la interpretación).

En líneas generales, pues, nos encontramos ante dos extremos: el de una descripción segura, pero pobre en conclusiones; y una interpretación rica y variada, pero con tantos más riesgos de error cuanto más precisa.

Si se analizan ambas posibilidades se advierte que no se encuentran en el mismo plano. La descripción se atiene al plano real. La atribución de un significado pasa a un plano de sentido.

Incluso en este momento interviene la personalidad del psicólogo, y no solamente en el momento de la aplicación y de la relación interpersonal con el sujeto. También, cuando llega la fase de interpretación, el intérprete lleva una teoría de la personalidad a veces no totalmente consciente, otras veces clara y razonada. Así los psicólogos con orientación psicoanalítica adoptan con más facilidad la interpretación de las pruebas en este sentido. Con tanta mayor facilidad cuanto que esta interpretación es casi la única que se ha formulado con carácter sistemático en muchas pruebas proyectivas, y entre ellas en la que nos ocupa.

### Técnica proyectiva y teoría de la personalidad

Es una cuestión que puede examinarse en dos aspectos:

- a) La dependencia o independencia de una técnica con respecto a toda teoría de la personalidad.
- b) La independencia de una técnica con respecto a la teoría de la personalidad en la que surgió, la que creó la técnica.

En el primer aspecto parece que no hay posibilidad de independencia. Una prueba puede aplicarse con arreglo a sus métodos propios, pero una vez que ha llegado a la fase de deducción de conclusiones ha de atenerse a una teoría de la personalidad, a un esquema que le sirva de dirección, de ordenación del campo de sus hallazgos.

No puede reducirse a la mera descripción que señaláramos en el punto anterior; ha de abandonar ese refugio de la simple enumeración de datos, porque en el nivel mínimo de interpretación ha de acudir a una teoría.

En una primera fase, en la de la aplicación, la técnica parece totalmente neutra: se limita a cumplir su papel de pantalla de proyección. Capta los hechos sin deformarlos en ningún sentido, sin influir en la interpretación posterior de lo que resulte proyectado en ella. En realidad, esa característica respecto a la aplicación de la técnica no se cumple siempre, presenta algunos fallos, pero es, al menos, el esquema ideal que no está lejos de la realidad.

Pero en una segunda fase, cuando se trata de obtener conclusiones, deducciones, debe acudir a una teoría de la personalidad. Esta intervención de la teoría se encuentra a veces implícita, encubierta bajo los términos empleados para describir los fenómenos.

Porque los mismos conceptos que sirven de punto de referencia no son hechos puros, sino que provienen de una teoría dada que a veces es posible reconocer incluso referida a época y autor. No hay una descripción totalmente neutra de los hechos psíquicos. Cuando se pretende, lo que se consigue a veces es una mezcla, acaso no muy homogénea, de elementos de distintas teorías. Así resulta que en las descripciones de la personalidad que se han obtenido a través de alguna prueba (o de otras formas de diagnóstico, como la entrevista, etcétera) puedan aparecer mezclados conceptos que aportan la resonancia de teorías bien diversas, como «carece de imaginación», «no tiene fuerza de voluntad», «sufre un complejo» y «tiene un yo débil».

La adopción de una teoría única o de un sistema ecléctico, mezcla de varias teorías, tiene, por cada parte, sus ventajas y sus inconvenientes.

Levy analiza claramente estas posibilidades.

En el caso de que adopte una teoría definida de la personalidad el intérprete, no tendrá muchas dificultades para obtener sus conclusiones. No tiene más que aplicar la explicación que propone su teoría en cada caso. Dice Levy: «Actualmente no hay una teoría de la personalidad que se acerque a la amplitud del psicoaná-



Hospital Clínico de San Carlos. Foto conmemorativa del I Congreso de la SEP.

lisis... la teoría psicoanalítica sigue siendo la única a la que puede recurrir el clínico en busca de una construcción apropiada sin contratiempos.» «Al contrario del intérprete psicoanalítico ortodoxo, que trabaja con la fluida eficacia de una computadora electrónica y la tranquilidad del experto artesano, su heterodoxo colega parece ser —y a veces es— torpe, inseguro y confundido cuando se acerca a la interpretación constructiva.» Es preciso reconocer además que la interpretación funciona como uno de los campos de prueba de la teoría: cada caso en el que una teoría explica una interpretación, aumenta con ello su importancia.

Sobre las dificultades tanto de la interpretación del psicoanalista ortodoxo como del psicólogo ecléctico añade Levy unas observaciones que conviene tener muy en cuenta en su aplicación a la prueba del DAP, porque, efectivamente, se encuentran en la base de multitud de dificultades. Ya se ha visto la frecuencia con que la Psicología experimental reprocha a esta prueba su adscripción a una interpretación exclusivamente «freudiana» (Anastasi, Kleinmuntz, etc.). «Los que no son partidarios de teorías psicoanalíticas reemplazan las inconsistencias obvias del psicoanálisis por las inconsistencias propias del eclecticismo; en lugar de un teoría de dudosa calidad colocan una amalgama de calidad esencialmente desconocida.»

Si esto es cierto, habrá que esperar del progreso de la investigación sobre teorías de la personalidad que logren ofrecer una base sólida de interpretaciones. El fallo, en esta ocasión, no ha de atribuirse a la técnica.

En cambio, en cuanto al segundo aspecto de la cuestión, si que parece factible aplicar una técnica proyectiva con independencia de la teoría de la personalidad que le dio origen.

Però no todas las técnicas son iguales desde este punto de vista de su posible emancipación de la teoría originaria. Algunas nacen más indisolublemente ligadas a su teoría; y no tanto en la intención del autor, sino como un hecho real: consideradas como una entidad peculiar aparecen unidas a la teoría que constituye su base. Presentan un aspecto de justificación de la hipótesis de la que proceden. Así sucede, por ejemplo, con Szondi.

Otras, en cambio, aun habiendo sido creadas dentro de un ambiente determinado, muestran más posibilidades de elaboración fuera de su teoría originaria; presentan más riqueza de aspectos, mayores posibilidades; son, por ello, más fructíferas. Ejemplos de ellas puede considerarse el Rorschach, y éste es quizá uno de los hechos que explica su difusión mayor que el de otras técnicas proyectivas. Porque es posible una interpretación psicoanalítica de Rorschach, pero no es ésta la única. Caben otras posibilidades, aunque también dependen de la medida en que se ha logrado una teoría de la personalidad que pueda vislumbrarse a través de estas respuestas ante las láminas.

Véase la diferencia con la citada técnica de Szondi que permanece unida a la teoría que le dio origen, porque apenas se presta a interpretación a partir de otros sistemas teóricos.

Las técnicas de dibujo en general y DAP en particular parecen escasamente ligadas a una hipótesis concreta. Esto acontece en el aspecto teórico, porque en la realidad de su evolución histórica estas pruebas han aparecido generalmente unidas a una teoría; la de Machover lleva aneja una interpretación psicoanalítica bien definida.

Sin embargo, dadas sus características, es posible que constituya uno de los mejores ejemplos de técnica neutra, en el sentido de representar una pantalla de proyección que capte datos interpretables desde diferentes puntos de vista.

Así se reflejan los rasgos de personalidades normales o patológicas y en cada caso se pueden aplicar los esquemas proporcionados por la psicología y la psiquiatría.

También con referencia a la conexión entre una técnica y una teoría de la personalidad, hay que observar que alguna vez se exponen los resultados de la técnica de tal manera que pueden dar la impresión engañosa de simple reflejo de la realidad, cuando en el fondo de lo que se trata es de esa realidad interpretada a través de una hipótesis. Se llega entonces a considerar los resultados como verdades absolutas, sin vislumbrar las hipótesis que se hallan en su base y que determinan una interpretación parcial de sus datos.

Y aún queda otra cuestión, que es la de que en la misma técnica, en la presentación de su material, en la elaboración que se pretende del sujeto, etc. puedan ir incluidos enfoques de una teoría determinada.

Porque sobre la base de hechos reales pueden deducirse conclusiones verdaderas o falsas (según la corrección del razonamiento). Pero se aumenta la posibilidad de error si en la observación de la realidad se ha intercalado un artificio que a su vez se basa en una hipótesis.

Algunas técnicas son más susceptibles de correr este peligro. Así, por ejemplo, el test de apercepción temática infantil, el CAT, propone diez láminas dirigidas a explorar unos temas determinados de la mentalidad infantil. Por supuesto no son todos, sino una selección propuesta por el autor. En los resultados que se obtengan habrá que cuidar de no caer en la generalización excesiva que supondría concluir que esos temas son todo lo que se encuentra en la mente infantil. Se trata sólo de un enfoque, de una parcelación de la realidad, de una orientación determinada. Después de aplicada esta prueba se van a encontrar en los relatos infantiles historias referidas a los temas que hemos propuesto; han de interpretarse con arreglo a estas consideraciones.

El DAP presenta la ventaja de ofrecer amplias posibilidades de expresión; limita solamente el campo de actividad al dibujo y propone un tema, la figura humana, dentro del cual caben enfoques en muy distintos planos.

## Elementos del dibujo y rasgos de la personalidad

Partimos de la hipótesis de que un elemento gráfico corresponde a un rasgo de la personalidad, pero esto necesita ser demostrado experimentalmente.

Suponiéndolo admitido, quedan aún varias cuestiones relacionadas con el posible valor expresivo de cada rasgo del dibujo. Una de ellas es la distinción a este respecto entre rasgos estructurales y de contenido. Como esta distinción se halla también en otras técnicas proyectivas, parece que continúa aquí la creencia de que los rasgos estructurales son más significativos que los de contenido. Se supone que revelan planos más profundos de personalidad, estructuras más estables. Mientras que el contenido vendría a ser el reflejo de

contenidos mentales y por tanto menos significativo.

Es, como se ve, una interpretación semejante a la que se hace de los datos de Rorschach. Pero también aquí, como en Rorschach, esta creencia no parece justificada por procedimientos experimentales, al menos hasta ahora. Aunque, por otra parte, también hay que objetar que algunos planteamientos experimentales se basan en hipótesis que no parecen muy exactas.

Otra cuestión es la del tipo de correspondencia que podría hallarse entre un rasgo del dibujo y otro de la personalidad. Se supone generalmente que un rasgo del dibujo refleja un rasgo simple de la personalidad. Por ejemplo, se suele establecer una relación de expresión entre el trazado inseguro y la característica personal de inseguridad; al fin y al cabo es una muestra de la conducta del sujeto. Lo que ya no parece posible deducir de aquí es un diagnóstico más complejo, como el de neurosis o cualquier otro. Parece más bien que los elementos que logramos aislar en los dibujos reflejan rasgos de la personalidad que no llegan al nivel complejo de síndromes y menos de cuadros nosológicos; así, en efecto, es posible encontrarlos en tipos muy diversos de personalidad normal y anormal.

Dicho de otra manera: no parece que se pueda encontrar en el dibujo ningún rasgo patognomónico de ninguna enfermedad considerada como un complejo de síndromes. Lo que se aísla en la valoración son elementos, o combinaciones de elementos que pueden reflejar aspectos de la personalidad. Es decir, en el caso del dibujo el análisis procede de los elementos para combinar unidades más complejas que pudieran incluso llegar a abarcar la visión total de la personalidad.

Muchos ejemplos pueden citarse en este terreno que, aunque parece diáfano, ha dado lugar a confusiones, que quizá sean debidas al ansia de lograr un medio técnico, casi mágico, que proporcionara un diagnóstico. Pero el camino no es tan simple ni directo.

Así, por ejemplo, hay un rasgo del dibujo que consiste en su esquematización excesiva; se encuentra en muchos esquizofrénicos, pero no es exclusivo de la esquizofrenia (Navrátil, 1972). Lo mismo sucede con la esquematización geométrica, que, según cita Kretschmer, interpreta así un paciente: «me complace representar todas las formas reales, visibles, sometidas a una estilización geométrica, como triángulo, rectángulo y círculo; expresarlo todo en un esquema, desnudar la realidad».

Así se encuentra a veces en esquizofrénicos, pero también en personas normales que consideran tal esquematismo como una expresión artística, y como tal se ha dado en las corrientes de pintura moderna.

También se encuentra, por otra parte, en personas no artistas, con gran tendencia al pensamiento abstracto, que representan una figura esquemática o incluso simbólica sin que esto suponga alteración patológica. Lo que sí plantea este hecho es un problema de interpretación, porque estos sujetos, generalmente jóvenes de alto nivel intelectual, muestran en el Rorschach también respuestas abstractas. Y, por supuesto, no sólo originales, sino hasta individuales, de difícil atribución a una valoración como positivas o negativas, porque el psicólogo de ha de atener a su propio juicio que quizá no llegue a captar estos altos valores expresivos de la abstracción.

Así pues, la interpretación de un rasgo gráfico es mucho más compleja que la adscripción a un diagnóstico; no se puede deducir la esquizofrenia del hecho de pre-

sentarse una esquematización en el dibujo. Esto es un ejemplo, y de modo semejante en todos los demás. De la esquematización geométrica dice Navratil que «las categorías geométricas son, al contrario que las formas orgánicas, indiferentes a las emociones, desposeen a las manifestaciones naturales de su valor fisonómico». Pero aun admitiendo este sentido de indiferencia a las emociones no adquieren solamente el sentido de expresión de esquizofrenia. Caben otras posibilidades, como son las tendencias al esquematismo por intelectualización, por abstracción; y en este caso tanto puede tratarse de una superación racional y razonada del mundo concreto como de una huida del mundo real, es decir, en este caso como mecanismo de defensa.

Como se ve, en este ejemplo un dato gráfico aparece como expresión de una conducta cuyo último sentido para el diagnóstico no puede darse aisladamente, sino en integración con los demás.

### Totalidad y niveles de rasgos

Según acaba de señalarse, una condición indispensable de la interpretación de la prueba consiste, lo mismo que en las demás técnicas proyectivas, en la consideración de sus elementos como una totalidad. Cada uno de los elementos aislados no adquiere su valor ni su interpretación adecuada sino en función de los restantes. Así pues, cada uno de ellos puede ser interpretado en un primer momento sólo condicionalmente, en espera de confirmar el supuesto sentido sólo cuando se halle encajado con los demás; es la conocida comparación del rompecabezas en el que deben encajar todas las piezas. Los posibles contrasentidos han de caber en una interpretación de conjunto en la que se integran las ambivalencias.

Así pues, no puede darse una interpretación aislada a un elemento determinado del dibujo, como tantas veces se pretende. No es posible afirmar sin más lo que significa una cabeza grande o la presencia de botones. Cualquier elemento apunta en un cierto sentido, pero su interpretación adecuada depende del conjunto.

La observación del proceso de algunos cuadros patológicos sugiere la posibilidad de que se sostengan «niveles» de rasgos del dibujo. Es decir, un inicio de ordenación jerárquica en el sentido de que unos rasgos pudieran tener significación diferente de otros tantos por lo que se refiere a su capacidad de expresión por parte del sujeto como por el nivel de análisis a que podrían ser sometidos por el intérprete.

Como un inicio de esta ordenación se podría apuntar:

1) Rasgos superficiales: son los que se refieren al contenido, a la representación de figuras concretas, a los complementos, perspectivas, etc. Por supuesto no pueden acudir a este nivel las personas que no poseen un mínimo de capacidad para el dibujo. Aparece como medio de expresión de símbolos: su nivel es simbólico, o, al menos, en ese sentido nos parece captar su comunicación. Se pierden relativamente pronto en el proceso de una enfermedad.

2) Rasgos intermedios podrían ser los que se refieren a las variaciones en el tamaño, la posición de las figuras, el inicio de omisiones, el sombreado, etc. La atribución de un simbolismo ya no parece tan evidente.

3) Rasgos básicos, los últimos que se pierden, aquellos que se establecen con mayor firmeza. Son los que se refieren a cierre de figuras, unidad del conjunto, cualidad de la línea, etc. Pueden manifestar aspectos grafomotores y en algunos aspectos son semejantes a los que aparecen en tests como Bender y Benton.

En relación con esta ordenación de niveles de rasgos, o con otra más adecuada, habría que pensar en el modo de expresión de cada uno de ellos y en la interpretación consiguiente. Recordando la crítica de Levy a la atribución por Machover de interpretaciones sin un sistema determinado, podría pensarse si es propio de cada uno de estos niveles un tipo de expresión diferente, o bien, por el contrario, si los modos de expresión no tienen relación con estos niveles de rasgos. Levy señala en Machover la función, la estructura, la asociación, la metáfora y la secuencia. Pero aún podrían señalarse otros e iniciarse una ordenación. Así podría suponerse que el sistema de «estructura» estuviera en conexión con los rasgos llamados estructurales; el de «función» sólo se-

Reunión de profesores de psicodiagnóstico, Universidad Autónoma (1982). Con Rocio Fernández Ballesteros, Pilar Ortiz, María Forns, Alejandro Avila, Fernando Silva, María Oliva Márquez, Alfonso Blanco, Ana Tuset y María Dolores González, entre otros.



ría admisible teniendo en cuenta la hipótesis del dibujo como representación del esquema corporal, etc.

## Polaridad y compensación

Algunos de los elementos del dibujo son susceptibles de una consideración especial. En la interpretación se encuentra con frecuencia lo que podría llamarse principio de polaridad.

A veces los sujetos se sitúan en un plano de expresión en el que se pueden interpretar dos versiones opuestas. A veces la oposición es muy evidente, como veremos en la dualidad de figuras. Pero no solamente puede haber diferencias entre las dos figuras, sino aun dentro de una misma. Así puede aparecer oposición entre los términos de inseguridad-rigidez, grande-pequeño, esquematismo-difusión. También en ocasiones hay que interpretar en sentido polar un mismo rasgo.

También Navratil ha observado que las figuras trazadas por esquizofrénicos se caracterizan por la exageración o por la pérdida de categorías formales; se relacionan en ellos un formalismo estricto o la destrucción de la forma. Claro está que ambos rasgos son expresión de un contacto deficiente con el mundo exterior, pero ambos revelan la existencia de estados opuestos en estos enfermos. En la esquizofrenia aparece, pues, esta polaridad de formalismos-deformación; también existen otras.

En otros casos, sujetos ante la expresión de conflictos, tensiones, ambivalencias, etc., acuden a este procedimiento de polaridad: un rasgo y su contrario. Así aparecen, por ejemplo, la omisión de partes del cuerpo frente a la acentuación de otras. Y lo que es más curioso: la oscilación entre ambas tendencias y el paso de una a otra.

En varios tipos de enfermedades aparecen estas versiones polares, pero quizá más claramente que en ninguna en la psicosis maniaco-depresiva, quizá por la naturaleza polar de la misma enfermedad. Aun así, las diferencias individuales son grandes, y no todos los enfermos llegan a manifestar este sistema de expresión, mientras que algunos acuden a varias formas de polaridad. Las que más frecuentemente aparecen en estos enfermos son las que se refieren a la oposición de tamaño (grande-pequeño) y de trazado (firme-vacilante); también es posible la combinación de ambas polaridades o de alguna más. No es raro que aparezca una figura grande, de trazado firme, casi desbordando el papel, mientras que la segunda figura con los caracteres contrarios parece presagiar la fase depresiva que se avecina.

Por lo dicho puede también vislumbrarse una hipótesis: que los distintos sistemas de polaridad tengan a su vez sentidos diferentes. Algunos parecen más empleados en personas normales en situaciones de conflictos; otros sistemas, como los acabados de citar, se encuentran en psicosis maniaco-depresiva; el de formalismo-deformación, en la esquizofrenia. En las neurosis (y también muy frecuentemente en la normalidad) se centran en el contenido: aparecen figuras con movimientos diferentes, trabajos distintos, ropas diferenciadas. Es posible que esto signifique la elección de diferentes planos de expresión para una misma base de polaridad.

En un sentido opuesto, aunque quizá complementario al de la oposición, se encuentra lo que se podría de-

nominar sistemas de compensación. Cuando aparecen fallos en algunos aspectos del dibujo (que suponemos paralelos a fallos de la personalidad, por ejemplo en el curso de una depresión, el comienzo de un esquizofrenia) se puede encontrar en algunas personas un sistema de compensación que parece que sigue direcciones fijas. Uno de esos sistemas de compensación es el que se establece entre el tamaño y la integridad de la figura representada. Y, por supuesto, en cualquiera de las dos direcciones. Es decir: puede aparecer una figura de gran tamaño, pero en la que el fallo consiste en la ausencia de elementos. O bien, por el contrario, una figura de pequeño tamaño que, sin embargo, se halle perfectamente completa, incluso con una minuciosidad tanto más de notar cuanto que el dibujo en esa dimensión no es fácil.

Otro sistema que ha podido apreciarse en los ejemplos presentados es el del tamaño con respecto a la firmeza de línea. Figuras grandes pueden presentar una línea temblorosa y una presión escasa; o al contrario.

Llega un momento en que fallan estos sistemas de compensación, paralelamente al empeoramiento del enfermo. Pero, por supuesto, esto no son más que indicaciones para el planteamiento de unas perspectivas que no se reduzcan simplemente a la apreciación de un rasgo, sino de un conjunto de ellos.

## Las posibilidades de interpretación en la dualidad de figuras

En la versión de DAP el dibujo requiere dos figuras y ello se presta a varias posibilidades de interpretación. Una figura es masculina y otra femenina; al pertenecer su autor a uno de estos dos grupos, parece explicable el hecho de que se tome una de las figuras como el «autorretrato» y la otra como el «heterorretrato».

Así pues, en esta hipótesis la figura del mismo sexo que su autor queda interpretada, sin más, como una proyección directa del sujeto. La de sexo opuesto, en cambio, admite dos interpretaciones, situadas en el plano del contenido, del objeto que representan: pueden aludir a la figura parental correspondiente (padre o madre) o al compañero sexual (esposo, -a, etc.), o bien, lo que es lo mismo, puede ser la representación imaginativa de ellos.

Sobre esta hipótesis se han hecho numerosas comprobaciones experimentales (figura dibujada en primer momento, su relación con la adecuación sexual del sujeto, con el ambiente cultural, con la edad, etcétera) con resultados diversos, generalmente negativos. Es posible que haya que elaborar más detenidamente las hipótesis en las que se basa tal interpretación.

Por de pronto, las expresiones de autorretrato y heterorretrato han de tomarse en un sentido muy amplio, puesto que no se trata siempre de la proyección del retrato, ni siquiera de la visión ideal del sujeto. Recuérdese lo dicho a propósito del mecanismo de proyección y de la posibilidad de que se presente en formas diversas y aun opuestas.

De ello hay que deducir que es posible que el sujeto no se identifique simplemente ni con la figura de su propio sexo ni con la figura dibujada en primer término. Puede haber expresado en ella otras formas de proyección. La proyección directa no es más que una posibilidad como cualquier otra de las citadas.

También es posible que la proyección personal, es decir, el llamado autorretrato, se logre no en una sola figura, sino a través de las dos. Esta suposición se basa en el hecho de que a veces en cada figura aparecen reflejados algunos de los rasgos que el mismo sujeto posee, rechaza o desea; al menos en la medida en que podemos captar esta proyección.

En otros casos parece que la misma proyección de autorretrato en las dos figuras puede relacionarse con fases sucesivas en el tiempo. Recuérdese el fenómeno que aparece en algunos enfermos manaco depresivos, en los que cada una de las figuras aparece con rasgos polarmente opuestos: unas veces como expresión de la polaridad de su situación; otras como el vislumbre de la crisis que se avecina y que va a girar una fase en otra.

A veces la indiferenciación de las dos figuras facilita esta posibilidad de una sola proyección a través de las dos. Pero también en los casos contrarios, en los que aparece una diferenciación acentuada, insistente, puede interpretarse como una proyección, si no directa (que también es posible), al menos optativa (también desearía ser el otro polo) o de rechazo («esto es lo que no soy», precisamente porque algunas de estas características del otro sexo se poseen y se rechazan).

La hipótesis de una misma proyección personal a través de las dos figuras presenta matices interesantes. En algunos casos parece vislumbrarse la posibilidad de una interpretación de tipo jungiano, en el sentido de animus y anima.

Todo ello permite el planteamiento de hipótesis distintas a las de la interpretación inicial.

## La temporalidad en las dos figuras

Es preciso tener en cuenta el aspecto temporal, no solamente por el interés que presenta como elemento esencial de la vida psíquica, sino porque aparece proyectado en algunos dibujos, según podemos suponer.

La polaridad señalada en los dibujos de maniaco-depresivos no se limita a una polaridad estática, sino que indica una sucesión en el tiempo en muchas ocasiones, posiblemente en la proximidad de comienzo de una nueva fase. Sus dibujos se prestan, pues, como modelo a este análisis. Parece que, en general, la figura dibujada en primer momento es la representación de la situación actual; la segunda figura, pues, representaría la fase futura, la que inmediatamente va a sobrevenir. En algunos casos es tal la intensidad de expresión de esta segunda figura, y su desacuerdo con la situación presente del enfermo, que ha sido posible pronosticar la aparición de la nueva fase. Esto, como se ve, no es más que el apunte de algunas posibilidades interpretativas que abrieran campo a otras perspectivas distintas a las que se han planteado algunas comprobaciones experimentales, por ejemplo, relativas al significado que lleva la primera figura.

En la elección de una figura como primera para dibujar parece que pueden intervenir varios factores. No solamente el de representación de sí mismo como persona de tal sexo; ni tampoco solamente el aspecto temporal que acabamos de citar: la representación de sí mismo en el momento presente frente a una segunda figura que representara el porvenir inmediato. Parece que aún hay otras posibilidades. Ni siquiera puede suponerse que todos los sujetos sean sensibles a la misma ex-



Necesitamos  
dinero para  
30 millones  
cientos.

presión cuando se determinan a dibujar una figura como la primera.

El hecho de que una figura aparezca dibujada antes de otra se presta, pues, a varias hipótesis. En un principio se supuso que con la primera figura se identifica el sujeto más fiel y espontáneamente. Y ello podría suceder tanto en la hipótesis del autorretrato en el papel sexual como en la versión temporal (situación actual del sujeto).

Pero también conviene examinar esta suposición, porque no sólo no se comprueba en todos los casos, sino que incluso podría tomarse en sentido opuesto, es decir, que fuese la segunda figura la que representara la proyección más auténtica. Hay que pensar que en otras técnicas de dibujo (así algunas versiones del árbol) se pide al sujeto que dibuje primero una figura, después otra (en este caso, siempre de árbol), y que es la segunda versión la que se toma como más representativa.

Podría suceder que la primera figura representara un primer plano, una actitud de adaptación, incluso un ensayo ante la dificultad de la tarea. Y sólo la segunda fuese la real, la que ha sido trazada con posibilidad de conocer y dominar la tarea.

Así pues, sobre la primera figura dibujada han de tenerse en cuenta, al menos, los siguientes aspectos:

- a) La elección espontánea entre figura masculina o femenina, es decir, el simbolismo del sexo escogido.
- b) La relación con el propio sexo del sujeto, que puede ser el mismo o el opuesto a la figura dibujada en primer término.
- c) El tratamiento de igualdad o de diferenciación dado a ambas figuras y el sistema que utiliza para lograr esta diferenciación: el plano en que se sitúa para marcar la diferencia.
- d) El matiz temporal: la distinción no ya entre una figura de tal o de cual sexo, sino simplemente entre primera y segunda. Piénsese en la influencia del adiestramiento que supone la segunda figura sobre la primera; pero también, en sentido contrario, en el fenómeno de agotamiento hacia el final de la

prueba que se encuentra en algunos casos patológicos y que puede determinar alteraciones evidentes.

Tampoco hay que olvidar el hecho de que esta dualidad de figuras en cuanto al sexo esté determinado por la técnica misma. Es decir, sea un «artefacto». La técnica consiste en solicitar precisamente dos figuras y precisamente de distinto sexo; es natural que se encuentren en los resultados las expresiones de esta dualidad y de esta oposición. Por ello las posibles interpretaciones giran en torno a esta presencia de dos sexos. Si solicitáramos tres figuras, quizá la interpretación se inclinara a suponer un paralelismo con el pasado, el presente y el futuro; o con una situación tripartita de conflicto personal (como sucede, en efecto, en otras técnicas de dibujo). Si se pidieran cuatro figuras, quizá aparecieran las posibilidades que expone Koch a propósito de los cuatro ángulos de un rectángulo y las cuatro direcciones básicas.

Y así sucesivamente. Las interpretaciones basadas en divisiones polares son siempre arriesgadas, obedecen a una especie de simbolismo numérico de reminiscencia pitagórica.

Tales hipótesis han de examinarse y comprobarse adecuadamente antes de aceptarlas como válidas. En la misma técnica se introducen a veces los reactivos (aquí la petición de las dos figuras) del hecho que posteriormente se interpreta.

No solamente es posible la interpretación de las dos figuras en el sentido de autorretrato y heterorretrato, según el sexo dibujado. También caben otras posibilidades, como el autorretrato en ambas figuras, tomadas como suma de elementos, o la ambivalencia que presenta, en ambas, elementos incompatibles del autorretrato. O bien una versión de la misma personalidad en un plano presente y otro futuro. O quizá también un momento presente y otro pasado (como se interpreta en otras pruebas de dibujo). O una proyección no de retrato, sino de aspiración o de rechazo; y esto en ambas figuras o en alguna de las dos. Y así, una infinita cantidad de posibilidades.

Este original pertenece al libro de María Eugenia Romano «El dibujo de la figura humana como técnica proyectiva». Gredos. Madrid. 1975.

De pie: Francisco Mendiguchía, Rafael Thomas, Luis Sáinz de los Terreros, Francisco Avila, Antonio Sánchez Arjona, Mariano Cabrera, Agustín Lafourcade. Sentados: Lidia Cardona, José María Poveda, María Jesús Suescun, López Ibor, Pilar García Villegas, María Eugenia Romano y Fernando Claramunt. Primera promoción de la Escuela de Psicología. Julio 1956.



## BIBLIOGRAFIA

- ANASTASI, A. *Tests psicológicos*. Aguilar, Madrid, 1973.
- ANZIEU, D. *Les méthodes projectives*. Presses Universitaires, París, 1960.
- CERDA, E. *Psicología aplicada*. Herder, 1971.
- KLEINMUNTZ, B. *Personality measurement*. The Dorsey Press, 1967.
- LEVY, L. H. *La interpretación psicológica*. Fondo de Cultura Económica, México, 1971.
- MACHOVER, K. «Personality projection in the drawing of the human figure». Ch. Thomas, Springfield, III, 1949. Traducción española, Ed. Cultural, S. A., La Habana, s. f.
- MISCHEL, W. *Personality and Assessment*. Wiley, 1968.
- NAVRATIL, L. *Esquizofrenia y arte*. Seix y Barral, Barcelona, 1972.
- NUNNALLY, J. C. *Introduction to psychological measurement*. McGraw-Hill, 1970.